

Elvio E. Gandolfo



# Las diez puertas

**blatt & ríos**

# **LAS DIEZ PUERTAS**

**ELVIO GANDOLFO**

**blatt & ríos**

© 2019 Elvio E. Gandolfo

© 2019 Blatt & Ríos

1ª edición: noviembre de 2019

1ª edición digital: noviembre de 2019

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | [www.jij.com.ar](http://www.jij.com.ar)

Producción de eBook: Libresque

[blatt-rios.com.ar](http://blatt-rios.com.ar)

eISBN: 978-987-49-4156-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

“La casa de la ficción no tiene una ventana, sino *un millón*”.

Henry James, en el prólogo a *Retrato de una dama*, citado por Joyce Carol Oates en una nota sobre el segundo libro de cuentos de Ted Chiang en quince años.

## YENDO DEL BAÑO AL LIVING

De pronto me vino un síntoma, no sabía bien de qué. Cuando me acostaba, al tirar el cuerpo hacia atrás para que la cabeza quedara sobre la almohada, el techo giraba, o se balanceaba, un poco. La primera vez me asusté. Sobre todo porque al levantarme, la habitación volvía a oscilar: me mareaba.

“Un tumor”, pensé, “que se va instalando, cerca del cerebro”. Por las dudas, siempre pienso en lo peor. Así si ocurre, ya lo he pensado: es algo que llega, en vez de explotar. El síntoma se presentaba fielmente, cada vez que me acostaba o levantaba de la cama. A veces lo recordaba antes y hacía movimientos lentos, y casi no se notaba el efecto. En el fondo, pensaba que en realidad se iría yendo: en algún momento dejaría de presentarse.

Como siguió unas cuantas semanas, extremé el método de humor negro. “El tumor sigue creciendo”, pensé. “A la larga coincidirá con el perímetro de mi gran cabeza. Colaborará para no darme cuenta el hecho de que no tengo ningún otro síntoma relacionado”. Me reía: estaríamos charlando y tomando un café con Enrique, por ejemplo, y de pronto la cabeza me estallaría en rojo, se volcaría hacia afuera. Me reía, aunque un poco nervioso.

El departamento es grande, y viejo. En el baño hay algunos azulejos blancos a punto de desprenderse de la pared. Aunque más pequeña, la visión de la ciudad desde la ventana del baño es tan buena como en la panorámica que se ve desde el living. Cuando me ducho, bajo un poco la persiana, aunque no creo que se vea demasiado desde afuera: estoy en un cuarto piso, que da sobre una avenida ancha.

Le di al agua caliente, bastante. Después apreté la palanca que hace pasar el agua del chorro directo a la ducha. Estaba buena, aunque quemaba un poco. Abrí el agua fría, cuidando de que no superase el punto infinitesimal que hacía pasar del calor excesivo a otro soportable: por lo general pasaba directamente al agua fría. Había que tener un tacto delicado, digno de un monje zen, profesión que no ejerzo.

Aparté el cuerpo del agua mientras se equilibraban las temperaturas, manteniendo una mano bajo los chorritos diversos, para captar la mezcla. Contemplé en la faja de visión que dejaba libre la persiana las nubes a lo lejos, el puerto de la bahía en el fondo, la masa del edificio rojizo de la Intendencia, más cercano. Sentí la sonrisa interna de alivio y placer, apoyé la mano en la pared, cerca de las canillas que regulaban el agua.

Abrí los ojos. O sea que antes los había cerrado, sin darme cuenta. No veía el paisaje de la ciudad. Estaba tendido en el piso de baldosas, oyendo caer el agua desde abajo. No viéndola, porque estaba boca abajo. Más aun: escuchándola desde abajo y desde *afuera* de la bañera. Tenía una pierna todavía apoyada en el borde. “Me desmayé”, pensé. Pero ni siquiera había sentido el

mareo. Había sido de un segundo a otro. Traté de levantarme y no pude.

Me dolió la base de la espalda de una manera rara. Era un dolor muy inferior al que me había proporcionado la ciática de unos meses antes, por ejemplo. Pero incluía una especie de advertencia: “te movés de golpe para levantarte y te pasa algo grave”. El cuerpo hablaba así, simple y directo, yo hacía décadas que lo oía: no me amenazaba, me comunicaba lo que iba pasando. No tenía un vocabulario de especialista en sí mismo. “Hacé de cuenta que la espalda es de cristal”. Una pausa. “Sobre todo no trates de darte vuelta para quedar boca arriba. Más bien bajá la pierna que quedó sobre el borde de la bañera”. Una pausa. “Despacio”.

Me apoyé con las manos sobre el piso ya mojado. Aferré el bidé. Hice fuerza, tirando. Oí cómo caía la pierna derecha al piso. Me quedé un larguísimo segundo inmóvil, esperando. No pasó nada. Traté de dar vuelta el cuerpo, y apareció el cristal un poco doloroso en la base de la espalda. Me quedé quieto, esta vez pensando.

Podía quedarme tirado en el piso, enfriándome un poco, oyendo el agua. Pero pensé que no: mejor me movía. Por suerte había dejado entreabierta la puerta, por si sonaba el teléfono. Si hubiera estado cerrada, tendría que haber hecho totalmente otro planteo. Pero tal como eran las cosas, tenía que llegar a ella, arrastrándome sobre el piso mojado. Avancé como una tortuga gigantesca, blanca, apoyando un pie en el bidé, para impulsarme mientras me aferraba a la base del lavabo. Llegué pronto a la puerta. Me costó un poco mover el cuerpo boca abajo como para que no la bloqueara para abrirla. En unos minutos lo habría logrado, pensé.

Así como me gusta pensar en lo peor, también me gusta pensar en las ventajas. Era un día de sol suave. Las dos de la tarde. Cuando el sol bajara podía aumentar el frío. Pero por ahora no estaba el componente peligroso: el viento, que sin bajar demasiado la temperatura, aumentaba la sensación térmica de frío incluso hasta el doble.

Agarré la puerta con la mano izquierda. Probé. Seguía trancándose con el cuerpo. Lo moví y lo apreté contra la base de la bañera. Pude hacerla girar. Sin darme cuenta, me había puesto a jadear. Me quedé quieto. De inmediato brotaron mil pensamientos: me muero en unas horas, necesito ayuda, tengo que seguir. Apareció la imagen de mi hija, del teléfono, de cómo haría para poder hablar. Al arrastrarme sobre el piso del baño me había raspado un poco el estómago, las costillas. Inmóvil, pensé en los dos aparatos: uno en el dormitorio, colocado más bajo. El otro en el living, un poco más alto.

En los dos casos tendría que tratar de tirar el tubo y la base con los números al piso, para después llamar. Pensé en los dos trayectos. Al fin me decidí por ir hasta el living. Porque aunque el trayecto era un poco más largo, el piso de madera del dormitorio se había ido gastando mucho y muy a menudo, caminando descalzo, me clavaba una astilla. Si en vez de un pie era todo un cuerpo descalzo, no quería ni pensarlo. En cambio todo el trayecto, más largo, hasta el living, era más parejo, y en cuanto cruzara el límite entre el pasillo y el living propiamente dicho, se volvía de parquet moderno, plastificado, impecable.

Esperé un poco y me fui arrastrando, trabajosamente. Nunca lo había hecho, desde luego. Así que fui inventando estrategias para multiplicar las fuerzas de impulso, e ir sorteando las zonas donde había alguna tabla suelta, o desniveles importantes (lugares donde no sabía cómo, había casi pequeños pozos). En cambio en el dormitorio las astillas aparecían en todo el piso, al acecho.

En cuanto salí al pasillo, desde la incómoda posición boca abajo, alcancé a ver el estante de abajo de la biblioteca chica que está frente al baño. Tenía casi una colección completa de números

de la revista sobre ciencia ficción *Foundation*, que me habían ido enviando generosamente a lo largo de años. También algunas policiales muy buenas: *El tejedor* de James Sallis, *Viento rojo*, cuentos de Raymond Chandler (“con ‘Te estaré esperando’, ese título genial”, pensé, entusiasmado, y otro un poco más berreta, pero bueno a su manera: “La violencia es mi negocio”). Lo que se destacaba visualmente era un lomo blanco (*Los innovadores*, sobre hombres y mujeres que habían puesto las bases de las computadoras; “tendría que haberlo empezado”, pensé), y otro negro: el tomo de los ensayos completos de Poe en inglés. Al lado, varios otros libros de Poe.

Corté la máquina asociativa, porque mientras miraba, me había quedado inmóvil, pensando y haciendo listas y consideraciones gratuitas. “Dale, boludo, seguí”, me dije, con un tono decidido. Sabía que si me quedaba demasiado quieto, en cualquier momento podía darme un calambre en el costado: mi cuerpo era así.

Seguí arrastrándome y pasé junto a la mesita de bambú, sobre la cual había una especie de plato redondo de plástico y cereales de distinto color que formaban un símbolo de Yin-Yang. En el medio, bien parado sobre los pies, un muñequito de la Cosa, o la Masa, de los Cuatro Fantásticos. Mientras esquivaba con buena memoria un par de lugares del piso donde había una tabla suelta o un desnivel complicado de sortear, pensé: “Hijo de puta: lo que es hoy, no ayudaste nada”. Porque así como pensaba que tenía un buen diálogo con el cuerpo (algo discutible) también reconocía conscientemente que era alguien cargado de supersticiones. Por ejemplo: que la Cosa parada equidistante del Yin y del Yang tenía un efecto protector sobre la casa y su habitante.

Lo que estuvo bueno fue que al hacer avanzar el cuerpo boca abajo hacia el costado derecho, tenía múltiples superficies y puntos de agarre para ir adelantando. Primero una especie de columna donde estaba el interruptor de esa zona donde desembocaban tanto el baño como el dormitorio, como el pequeño pasillo que daba a la cocina, como la puerta de un segundo dormitorio, donde durante años durmió mi hija.

Preocupado, me pregunté cómo haría para avanzar en el pasillo propiamente dicho, justo cuando llegaba a él. En seguida me di cuenta de que tenía las agarraderas redondas para cada cajón inferior del gran armario empotrado, colocadas justo al alcance de alguien que, como yo, se arrastraba sobre la barriga desde el baño hacia el living.

En cuanto entré al pasillo, sentí el impacto de la pequeña biblioteca que estaba frente al armario. Porque ahí tenía zonas intensas: muchos libros de Philip K. Dick, por ejemplo, aunque estaban en el segundo estante, y para verlos habría tenido que poder dar vuelta el cuerpo. Desfilaron en cambio los libros de Millás, los numerosos de Thomas Bernhard, ¡los de Ballard! Se produjo una especie de equilibrio inestable entre las proyecciones de los libros que estaban a la izquierda y la dificultad creciente de arrastrarme, al perder de pronto los puntos de apoyo de los cajones del armario, porque se habían terminado.

Resollando, me quedé un momento inmóvil. Esta vez sin pensar en nada concreto: torbellino puro, lento o violento, hasta inspirado. Porque me di cuenta: “Aproveché la propia biblioteca, gil”. Era una buena idea. Me arrastré un poco más. Doblé la pierna izquierda, y apoyé el pie en *Bare Bones*, un libro en tapa dura y en inglés de entrevistas a Stephen King, que sobresalía un poco. Di el impulso y el avance me alcanzó justo para aferrar con fuerza la puerta, que estaba abierta. Casi me dieron ganas de besar mi propia mano por haberla dejado así y no cerrada: porque cerraba bien, y era sólida, inamovible desde el suelo y boca abajo. En ese caso no habría podido pasar, de ninguna manera. De todos modos eso había podido verlo ya desde la puerta del baño. En ese caso habría ido en dirección al otro teléfono, dispuesto a quedar como un

puercoespín de tantas astillas clavadas en distintas zonas del cuerpo.

Cuando el cuerpo, que a esa altura estaba aporreado por la tarea de arrastrarse, se movió sobre el parquet liso y cronológicamente muy posterior del living, el alivio fue muy grande. Avancé con relativa rapidez hacia la mesita donde había algunas guías telefónicas y, arriba, el teléfono.

Cuando estaba casi llegando sonó fuerte el timbre del aparato. En vez de aliviarme o alegrarme, quedé paralizado de terror por el sonido repetido. No sabía bien por qué. Demoré dos o tres segundos esenciales. Entró el contestador y se oyó la voz clara de mi hija: “Hola, ¿estás ahí?”. Manoteé el cable y tiré abajo el aparato. Pero antes de que se interrumpiera el sonido, alcancé a oír el click de mi hija que cortaba.

Brutal desilusión, desde luego. Pero después concentración. La parte de los números, cuadrangular, había quedado bastante separada del tubo en sí. Los acerqué, apoyado en los codos, sin atreverme a alzarme. Pensé. Arrastré el cuerpo hasta dejarlo paralelo a la pared. Después tanteé hacia adentro: el dolor en la espalda aumentaba si trataba de erguirme. Pero no apretaba tanto si lo hacía en sentido lateral y lento. Hice tironeos diversos durante muy largos minutos. Desnudo, de a poco, con audacias de un centímetro, dos, me fui sentando contra la pared.

Agotado, no me atreví a discar todavía. El sol de las tres, suponía, entraba por la gran ventana. Más allá, fuera de mi alcance visual, se extendía la ciudad. Pero sobre todo había quedado enfrentado al televisor antiquísimo, a la mesita cargada con el gran diccionario Webster y la guía de películas de *Time Out*, y en especial a las tres grandes bibliotecas del living. Respiré hondo, abstraído: pensé en los muchos números del *magazine littéraire* que formaban la base de una. En *La carne, la muerte y el diablo* de Mario Praz, que todavía ni había empezado después de décadas. En el estante de argentinos, tan variado, che (me reí por dentro). Y mirando hacia el otro lado, los libros, no tantos, de historia.

Me di cuenta de que así, respirando despacio, hipnotizado por los libros, se me iban cargando las pilas. Tanto que en un momento estuve a punto de preguntarme si podría hacerlo, y en vez de pensarlo, directamente apoyé los talones contra el piso y me di un impulso fuerte, para quedar con la espalda bien recta apoyada contra la pared. Al mismo tiempo cerré los ojos. Y después los abrí, aliviado. No se había roto nada. La espalda se quejó un poco nomás. Respiré hondo unos minutos más. Apoyé el teléfono sobre los muslos. Después empecé a discar, lento y tranquilo.



# LA PRESA

## I

Cuando recuerdo a Lourdes, la veo calzar los labios estrictamente alrededor del diámetro, como una especie de trampa imposible de eludir, aunque por dentro ese aparente cepo de acero era suavidad pura, y extremadamente móvil: la lengua, los dientes, las encías, sobre todo después de uno o dos minutos. Casi siempre aumentaba la sensación de finalidad, de destino irreparable, apretando al principio los labios sin mover un milímetro la cabeza, la cara, los músculos del cuello o la garganta, en un silencio absoluto. Sólo muy de vez en cuando, después de un comienzo de ojos entrecerrados o directamente cerrados con fuerza, los abría, gris acero con chispas de verde, fijos, tan inescrutables que uno podía imaginar tanto un destino feroz (un brusco cerrarse de los dientes, aceptado mansamente, estoy seguro, por quien le estaba mirando los ojos en ese momento, yo) como una especie de quietud balsámica, de lago quieto y hondo, antes de pasar al movimiento, al placer.

Después de ese prólogo que siempre, incluso después de incontables veces, me golpeaba el pecho transversalmente, como un navajazo helado, se movía. Avanzaba y retrocedía la cabeza, lenta o suelta, mientras todo el interior se movía más, y yo dejaba de verla, de mirarla, porque tenía a mi vez los ojos cerrados. Después los abría o los entreabría, porque podía ser largo, casi hasta lo penoso, pero siempre en ascenso. Cuando yo dejaba escapar un ruido ronco, cada vez más alto, podía acelerar, o seguir lenta, metódica, como un metrónomo, alargándolo. A veces le tomaba suavemente los huesos de la mandíbula, los músculos que cambiaban de sitio, o tocaba el borde entre los labios y el diámetro ahora mojado, húmedo, y se lo soltaba, para aferrarla del pelo, nunca con violencia, como dándole un punto de apoyo en desplazamiento, arqueando la espalda (casi nunca lo hacíamos conmigo acostado: casi siempre estaba parado o sentado). Cuando soltaba los ronquidos más intensos y prolongados nunca se apartaba bruscamente como hacían otras, para no salpicarse demasiado.

Lourdes seguía, regular o salvaje y descontrolada, iba quedando todo adentro. Cuando yo simplemente gemía, bajaba la intensidad de los movimientos y sonidos, y se desprendía con extrema lentitud y ternura. Había un gesto que solía excitarme, en relaciones anteriores, que ella nunca hizo: limpiarse con el dorso de la mano, como si acabara de comer o beber, para besarme. Casi nunca lo hacía inmediatamente. Hacía algo más hondo, casi cruel: sonreía. Evito adrede la imposibilidad de definir esa sonrisa. Sólo diré que, en esa época, nos amábamos.

Lo mío era más confuso, menos exacto, un poco caótico. Le acariciaba la base de la espalda, después los hombros. Me quedaba con los ojos fijos en un hombro un poco tostado, con algunas pecas, y apretaba más los dedos, aplicaba presión. O, con ella casi dormida, le masajeaba la espalda y ella se enroscaba casi, con una sonrisa a la vez parecida y distinta al momento en que terminaba conmigo. Entonces yo bajaba a las piernas, se las abría un poco, la encontraba como mojada por una lluvia tibia, nos movíamos. Tal vez lo que más me fascinaba era la combinación entre el modo en que ella usaba las palabras, muy distinto al mío, frondoso y desprolijo, y la manera en que las variaciones ínfimas pero infinitas de las dos series, la suya y la mía, se cruzaban casi sin mezclarse.

Después dejamos de hacerlo. Nunca “lo hablamos”. Algo se escabulló. Desde que la conocía lo había temido: que ella se me escapara, como agua entre los dedos, y ocurrió así, como un líquido lento que había refrescado mi vida, a lo largo de más de dos años, y desapareció. No fue brusco, ni violento, ni atribuible a uno de los dos solamente. Pero se fue dando ahí, en la cama. Así como no habíamos gastado demasiado con palabras aquellos dos años y medio, tampoco discutimos en ese momento lo que pasaba. Nos fuimos alejando, llamando menos al otro.

Pero también en ese tiempo siempre lo que había que decirse terminaba por decirse, en el estilo de Lourdes: corto, telegráfico, pero absolutamente preciso, que se me había contagiado, después de los primeros meses. Por eso cuando volví a verla, después de cuatro o cinco meses, en una reunión nocturna, no pude evitar clavarle la mirada en los ojos grises y sentarme al lado de ella. La música sonaba alto, pero ella bailaba con poca frecuencia (le gustaba en cambio nadar, o caminar incontables cuerdas, nunca correr).

No pude evitarlo. Después de unos minutos en que nos informamos de lo que estaba haciendo cada uno de los dos, casi igual, le pregunté por qué había sido. No lo sabía, desde luego, aunque mentalmente había tenido incontables diálogos imaginarios con Lourdes, donde yo salía victorioso, le hacía ver sus errores, la humillaba. Sacó a relucir de la nada la sonrisa exacta de cuando soltaba el diámetro y se reclinaba, ahí sí, siempre, con los ojos muy abiertos y serenos.

—Vos fuiste cambiando -en cuanto lo dijo se puso seria-. Mucho.

## II

Tenía razón. No como siempre: Lourdes siempre reconocía errores, cambiaba de dirección, era flexible. Pero esta vez no pude decirle nada. Nos mirábamos, ahora más que serios tristes los dos, velando, al menos en ese momento preciso, rodeados del sonido extremadamente alto y tonto de la reunión (música disco automática, voces, un vaso que se rompía, rodeado de risas histéricas), los dos años y medio, o más bien eso que había pasado entre los dos, alejándose como una cama con dos cuerpos desnudos y saciados, cada vez más pequeña, que viaja hacia el pasado, hacia un mundo ignoto y mucho más amplio pero menos vivo que el presente. Llenamos unos minutos más con palabras, porque los dos éramos urbanos y ninguno de los dos se arrepentía de nada.

Yo había cambiado porque había cambiado mi lugar en la empresa, de una manera meteórica y veloz. Me había hecho muy amigo de Salander, el tipo que habían enviado de España para hacerse cargo de la organización nueva, basada en programas y máquinas muy recientes, y a su vez muy

veloces en su cuota de obsolescencia. Rara vez llegaban al año sin pasar al modelo siguiente. Había una especie de algoritmo (lo descubrimos con Gustavo) que indicaba que los detalles nuevos eran mínimos, salvo en el tercer o cuarto caso, cuando había un rediseño general importante.

El término obsolescencia se usaba con cierta frecuencia en las charlas del equipo, pero sin exagerar. No había que ser un genio para aplicarlo al propio personal, según íbamos viendo. Tal vez la tarea principal de Salander era ir eligiendo y echando, con el menor gasto posible, a parte del personal, a través de despidos atractivos. En los casos en que se podía, atrapando a cualquiera de nosotros en alguna costumbre errónea, equivocada, comprobable, que recibía un pronto castigo, con el buen equipo de abogados de la empresa muy afilado en las maneras de hacer que eso se terminara cumpliendo con un costo mínimo.

### III

Como empecé recordando a Lourdes, ahora tengo la cabeza un poco empastada, y no recuerdo con exactitud las fechas en que las dos series (ella, la empresa) se intersectaron. Además seguramente, ahora que lo estoy pensando en el dormitorio, solo y tranquilo, me haría trampas al solitario, para justificarme. Cuando nos conocimos, ella trabajaba en desarrollo en una firma chica de redecoraciones de bares y restaurantes. Pequeña, sí, pero con el éxito de que solía sonar primera en cuanto se necesitaba ese servicio. Yo hacía un año y medio que trabajaba en mi empresa, que, ahora que lo pienso, tenía la mitad de tamaño y casi un tercio de empleados más que ahora.

Cuando apareció la segunda faceta de Salander yo ya hacía casi un año que había visto a Lourdes en aquella reunión. El español, o catalán, o vasco, o nórdico que vivía en España (coachings muy buenos y seguramente costosos habían eliminado todo acento nacional: era la onda en ese momento) me hizo la invitación. A esa altura yo había recorrido buena parte del camino ascendente sin tocar el círculo siguiente, a sólo un nivel del propio Salander. Era un límite, por supuesto, pero también una seguridad de supervivencia.

Hablábamos con frecuencia. Después de un diálogo fructífero pero breve sobre envíos de cargas al Norte (Jujuy, creo), casi maravillado por la fluidez y velocidad con que nos pusimos de acuerdo, al meditarlo a la noche en el dormitorio me di cuenta de que en parte se debía a que yo había empleado sin darme cuenta la síntesis verbal natural de Lourdes, tanto tiempo más tarde. Poco después Salander me invitó para una reunión para pocos que hacía esa noche.

Era en un departamento en el barrio del parque, medio tarde, a eso de las diez. Había una sala central un poco en penumbras bastante grande, y para los más reservados, algunos dormitorios chicos. Cuando la cosa se empezó a mover más, y aparecieron implementos extra, en la soledad todavía inviolable de mi mente me dije: “Uy, esto es muy muy muy pelotudo”. Porque usaban antifaces, tanto las mujeres jóvenes y bellas como los varones a veces muy gordos y a veces muy flacos, con Salander destacándose con un cuerpo bien formado en gimnasios. Cuando aparecieron unos látigos pequeños, me di cuenta de que todo provenía de una película reciente y de moda, cuyo tráiler había visto. Me mantuve a la vez partícipe y distante. De hecho desde que había

dejado de ver a Lourdes cada tanto nos citábamos con alguna vieja o nueva amiga y yo me descargaba, sin complicaciones.

Antes de entrar a la empresa, hacía varios años, yo era un tipo de nivel económico más bien bajo. Si en ese entonces un equivalente de Salander (o él mismo, si vamos al caso) me hubiera invitado a algo así, yo me habría sentido un poco preocupado por la posibilidad de que las cosas se salieran de cauce (expresión muy de Salander), incluso que hubiera algo de violencia. Pero cuando ocurrió, casi un año después de dejar de ver a Lourdes, ya sabía que se trataba de algo un poco aburrido, mejorado con pastillas y algún estimulante alcohólico, pero todo bajo control. En broma, con los compañeros que quedaban de los viejos tiempos, no usábamos el nombre legal y más o menos conocido de la empresa. Le decíamos en cambio “Control S”, y nos reíamos bajito.

En los meses siguientes, hubo dos o tres reuniones más de ese tipo, con ligeras variaciones (también estudiadas por adelantado, y aplicadas). A esa altura ya sabía que había tocado mi techo: podía tener algún aumento adicional, o alguna prebenda agradable (un lugar fijo de estacionamiento mejor para el auto que había comprado hacía poco), pero nunca pasaría a un puesto superior, en sentido vertical. Así que sabía cuáles eran mis deberes y derechos, entre otros la asistencia a las reuniones limitadas. Hacía mucho que había dejado de tender hilos tenues para saber en qué andaba Lourdes. Lo había hecho sólo en los primeros meses, pero me dio la impresión de que eso no era algo nuestro, por decirlo así. Estaba alejado, por la intrusión, por leve que fuere, del equilibrio difícil pero reconfortante que empleábamos con nosotros mismos en los viejos tiempos.

Pasaba que aquellas veces largas en la cama, en que no teníamos casi idea del tiempo que pasaba, me habían ido creando una vara muy alta, difícil de alcanzar, estoy seguro, incluso si volvíamos a vernos. Era un elemento que colaboraba en mi relativo desdén hacia las reuniones, que hasta parecía ser compartido por Salander (ahora que había visto que yo me quedaba disciplinadamente en mi sitio, hablábamos menos). Porque el intervalo entre una y la siguiente se hizo cada vez más largo. Perdón: sí, sí, es cierto: también había droga, pero la empresa aceptaba sin problemas que uno consumiera poco o incluso nada, sin aplicar marcajes negativos. Incluso lo veía bien, como una actitud ahorrativa, no derrochadora.

Un día, en el grupo de mujeres de esa noche, vi una que me atrajo mucho. Estaba rutinariamente provista de un antifaz, y tenía un pelo corto, casi al rape. Ya desnuda, en el otro lado de la sala grande, me siguió atrayendo: tenía un cuerpo flexible, vegetal casi. Cuando estuve cerca, casi tocándola, se dio vuelta. Era Lourdes.

Tendría que haberlo previsto como posibilidad. Era una enseñanza esencial de Salander para el sector alto del personal: estar atento a todas las posibilidades, por absurdas que parecieran. La reconocí por los ojos grises y también, me di cuenta, porque los dos únicos implementos agregados en el cuerpo desnudo (elegantes, caros, casi no profesionales, en el pecho y el final de la espalda) también eran grises, metálicos. La erección un poco remolona se volvió extrema e inmediata a partir del cruce de miradas.

Nadie, salvo yo, habría reconocido el cambio infinitesimal del extremo de los labios de Lourdes, que no era ni siquiera la sombra tenue de una sonrisa. Se agachó un poco, conmigo ya sentado contra un sofá largo y cómodo, lo tomó apenas, calzó los labios alrededor del diámetro y se quedó inmóvil, tensándose, los dos en suspenso. Fue un momento difícil de definir. Éramos los dos de siempre en gran parte, sobre todo físicamente.

Empezamos a disfrutar de ese momento, al menos yo sentía desplegarse un placer a la vez

demorado y en equilibrio, que parecía venir de una remota prehistoria. Por otra parte sentía que no podía entregarme, después de un rato, a masajearla, o acariciarla, o penetrarla. Intuitivamente me di cuenta de que llamaría mucho la atención el tiempo demorado, derrochado. Y la conciencia, la casi necesidad mental de volver a verla, se interpuso apenas con lo que estábamos haciendo, con intenciones adormiladas por el movimiento de su cabeza, de hablar con ella antes de que se fuera y pedirle algo, un teléfono, o averiguarlo después, con delicadeza, dentro de la propia empresa.

En el momento en que empezaba a surgir de mí un sonido ronco me di cuenta de que finalmente estaba llamando la atención igual. Y en el momento de dejarme ir, casi fundido, consustanciado con Lourdes totalmente a través de su boca, me di cuenta de que lo que estábamos haciendo con ella no tenía nada que ver con lo que antes hacíamos. No sólo porque seguramente ella también intuía que ahí terminaba el asunto, sino porque simplemente había pasado el tiempo. En el instante de la explosión, como una maravilla de anticlímax, alcancé a ver con los ojos entrecerrados que Salander nos estaba mirando, sin el menor interés, de hecho apartando con disgusto la cara, la cabeza. Lourdes, alcancé a pensar, Lourdes.

## QUERIDA MAMÁ:

Hoy venía pensando, o, más bien, haciendo saltar ideas alrededor de la palabra “birthday”. Hoy es mi “birthday”, pensaba. La traducción “cumpleaños” es muy mala. Es mejor la literal: “día del nacimiento”. No tengo el menor recuerdo de mi día de nacimiento, ni tampoco de mi primer año de vida. Nací de usted, mamá. Y de papá, claro.

Sí me parece tener en cambio un registro mínimo de su cara en aquel entonces: despejada, hermosa, con gran cabellera, y una mezcla de suavidad y capacidad de aguante que seguramente tiene que haber enloquecido a papá. Lanzado, arriesgado, tipógrafo e itinerante, papá podría haber caído en cualquier aventura en aquel país remoto en el tiempo donde circulaban todo tipo de aventureros y aventureras, no sólo locales, sino también de muchos otros países del mundo.

Imagino una pasión loca de papá por alguna mujer polaca, por ejemplo, su desesperación por no poder comprenderla. Pero veo con claridad por qué esa pasión quedó enredada en cambio en usted, mamá. Porque a la belleza y las ganas, se sumaba un marco totalmente distinto: sus padres, mamá, y sus hermanos significaron sin duda un desafío de alto nivel para papá, que en ese entonces buscaba un sitio donde por fin apoyar el culo, después de tantos trayectos y carambolas. A papá le gustaban las cosas difíciles más que las fáciles, cuando tenía que encarar algo.

Ese aparente recuerdo de usted, entonces, viene de haber visto fotos suyas, mamá, más o menos de la época en que se enamoraron con papá. Y ahora, tantos y tantos años después, cuando papá ya ha muerto y usted hace lo que puede con sus casi 90 años en un geriátrico de la que yo llamo ciudad natal, ese recuerdo viene también de la carta que en una recopilación de la correspondencia de papá, hoy poeta relativamente famoso, cuenta justo el momento en que los tres nos fuimos de la ciudad natal por así llamarle histórica, geográfica y burocrática cercana a la cordillera de los Andes, a la otra ciudad natal, la auténtica.

Muchísimo después yo también fui padre. Y mucho después aún, mi hija fue madre. Y en cuanto alcé a mi nieto en el sanatorio me pegó fuerte algo en la totalidad del cuerpo, sin pasar de manera precisa por el corazón o el cerebro, órganos totalmente afectados a partir de unos días después.

Ahí en cambio, en el hospital, de manera invasiva y completa, sentí que era abuelo de ese pibe tan pequeño, tan cabezón, tan sonriente incluso. Estaba tan empapado en esa ola de reconocimiento primitivo, arcaico, que ni siquiera percibí que él sonreía, se reía. Me lo hicieron notar los que estaban en el mismo cuarto.

Como en una guerra eterna, yo estaba en la segunda línea de trincheras, detrás de los padres, que estaban en la primera. Tanto unos -padres- como otros -abuelos- podíamos retroceder, negarnos, claudicar, desertar, como suelen hacer a veces los soldados, o los padres, o los abuelos.

Usted no lo hizo en su momento, mamá, ni tampoco mis abuelos, tanto los padres suyos, como la abuela que había sido la madre de papá (que había perdido al padre de mi padre cuando él era muy pequeño): todos habrán sentido -o no- lo mismo que yo, la sorpresa ante el modo en que caía encima de ellos como un montón de ladrillos esa sensación de cosa milenaria clarísima, no explicable por el cerebro analítico o el corazón apasionado, sino transmitida por todo el cuerpo, por el cerebro anterior, animal, todavía no dedicado al lenguaje.

Cuando quiero recordar alguna época de usted, mamá, puedo hacerlo a través de fotografías. O, menos mal, por el recuerdo simple. En este caso se trata de usted ya madura, tranquila, madre sucesiva de seis hijos.

No soy un coleccionista de fotos, ni siquiera familiares. Pero tengo docenas de fotos de usted con papá, con él y los hijos ya grandes, reunidos en la ciudad natal en cumpleaños o fiestas de fin de año. Rara vez aparece usted sola, mamá. Pero sí en el recuerdo concreto. Si doy la orden “mamá” al archivo del cuerpo, de la carne, del cerebro, se me aparece en seguida la imagen de usted sorbiendo la bombilla de un mate, actividad frecuente, a lo largo de toda su vida.

Me invade de inmediato una sensación de bienestar, de agradecimiento. Es muy curioso pero digo frases parecidas a las de mi nieto. Me tienta decir, refiriéndome al recuerdo (que nadie ve sino yo, por dentro): “Esa es mi mamá”. Así como mi nieto usa toda la carga del afecto y la admiración cuando habla tanto de “mi mamá” como de “mi papá”. Como es lógico a mí me pasa lo mismo, pero aquí estoy hablando de usted, y no de él, de mi papá, sobre quien ya escribí un cuento “real” y algunos poemas.

Un escritor de Buenos Aires se explayó sobre la dificultad de escribir sobre la madre, en vez de sobre el padre. Hasta cierto punto tiene razón, supongo. En mi caso es cierto que realizamos tantas actividades prolongadas en el tiempo (un negocio de imprenta, una revista de literatura) con mi padre, que me cuesta menos acordarme de instancias de él, concretas.

Era además, como suele ocurrir con los varones, definido en sus expresiones faciales o verbales, en los gestos de las manos, que había ido aprendiendo a través de incontables trayectos por el mapa de nuestro país, en su lejana juventud. Y después en la crianza sucesiva de los hijos, en su pasión por darnos algún tipo de alegría a cada uno de nosotros, llegado uno detrás del otro.

En cambio cuando aparece usted, mamá, su rostro y sus palabras tienen la continuidad del afecto, incluso del afecto cuando se vuelve furia materna, por desobediencia tozuda o claramente absurda de cualquiera de sus hijos, incluido yo mismo.

La madre de usted, mamá, mi abuela, a veces dejaba que la furia materna la invadiera por completo. Castigaba directa y duramente. Lo recuerdo con claridad por algunas de las vacaciones que pasábamos en su casa de un pueblo perdido.

Hay una palabra simple que usan los niños, y que usé yo también en aquel entonces. Suele decirse con tono acusatorio, o susurrada, para no recibir más castigo, cuando se emplea con la madre o con la abuela: “mala”. Nada más, al menos en mis épocas de niño (hoy todo niño es más creativo o hiriente con los insultos, a medida que crece). A la abuela yo se la decía con todo el peso del sentido.

Cuando se la aplicábamos a usted, mamá, creo que todos la usábamos en cambio de manera liviana, matiz del tono que usted a veces no captaba, y se enojaba un poco más. Porque los castigos pesados, incluso físicos, corrían por cuenta de papá, cuando volvía de su trabajo demolidor de muchas horas en una imprenta.

Usted le hacía un racconto rápido pero preciso de cómo nos habíamos portado. Y en algún

momento papá juzgaba, asentía con la cabeza, y salía de donde estuvieran conversando los dos -la cocina, el patio- para buscarnos y aplicar el castigo. A diferencia de usted, mamá, papá nos dio miedo en un par de ocasiones. Es cierto que había sido en días donde nos habíamos portado como verdaderos bandoleros descontrolados con usted, mamá, y que en alguna de esas pocas ocasiones nos merecíamos la paliza, el encierro, la negativa del afecto de papá. Pero también que en algún ejemplo aislado la intensidad no provenía del crimen infantil, sino del cansancio infinito con que a veces volvía del trabajo mi padre, mi papá, para encontrarse con la tarea demoledora, agobiante, de juzgar a uno o más de uno de sus hijos.

Hace pocos años escribí un poema sobre usted, mamá. O más bien sobre la dificultad de escribir sobre usted. Lo hacía girar alrededor de un hecho de la infancia.

Me decía a mí mismo en segunda persona que si alguna vez hubiera querido escribir, como un director de cine español, todo sobre mi madre, habría comenzado con una escena de la infancia lejana, aunque no tanta como para que no fuéramos ya al menos cuatro hermanos.

Para ese entonces, mamá, ya usted usaba una fortaleza tremenda para ir de compras por el barrio, para hacer de comer, para educarnos contra la bestialidad supina del barrio mismo, para leernos en voz alta, o incluso para pedirnos cosas que nos sacaban de quicio, como esa exigencia católica profunda (usted siempre fue una creyente profunda, mamá: nosotros no) de que compartiéramos con amigos o incluso apenas conocidos del barrio de más o menos nuestra misma edad alguna golosina o algún juguete, sin que ni siquiera nos lo pidieran.

En el empleo de esa fortaleza usted había salido ese día temprano a una actividad central, comprar la leche, rodeada por otras menores. Y en sus trayectos por el barrio había perdido la llave con la que nos defendía contra las potencialidades negativas de aquel barrio bravo: robos, entradas con fractura, puro miedo a veces.

Era, además, un día de lluvia violenta, y usted, mamá, no según mi recuerdo sino según el recuerdo de aquella especie de leyenda familiar que yo decidí conservar, se puso a buscar las llaves bajo el agua, sin encontrarlas. Que no me vengan después con grandes escenas cinematográficas (incluso las de aquel director español) que mezclaran la épica más lograda y sentida con una madre. Ni siquiera aquel travelling genial de aquel director ruso que mostraba a una madre a cargo de una imprenta soviética a quien de pronto le avisaban de una errata letal y que avanzaba con su carácter sufriente pero también implacable bajo una lluvia peor que la del día de las llaves, una lluvia de cine, para hacerse cargo del compromiso, la responsabilidad terrible del error ante la nube tóxica y cotidiana del poder.

Ahora yo, mamá, estoy tan en las gateras, a punto de salir, como usted misma ahora, o como mi padre en los dos o tres años antes de morir. Es el precio relativo de tener esa suerte de que tus padres vivan más allá de los ochenta años. Es inevitable que uno masculle posibilidades cuando uno de ellos, en este caso mi padre, se debilita, se desdibuja, no se acuerde de nada por imposibilidad, cosa que yo en cambio puedo seguir haciendo con usted misma, mamá, gracias sean dadas a su Dios, mamá.

Recuerdo que en la familia había mitologías, leyendas, mamá. Que cada uno cumplía un papel, con la rigidez de una estúpida y mala obra escolar. Uno de los hermanos era el que sabía de cosas tecnológicas, como arreglar un enchufe o una moto Yamaha. Otro era el alegre, creador y dicharachero, para siempre. Y usted, mamá, por un consenso elaborado por los varones -que éramos mayoría- sabía poco de cosas tecnológicas o prácticas que no tuvieran que ver con el estricto manejo de la casa.



Por suerte quedan esas fotos, esas cartas. En la misma donde papá contaba la partida de mi ciudad natal burocrática y geográfica junto a la cordillera, contaba también que el traslado a lo largo de muchos cientos de kilómetros en tren incluía entre los implementos del hogar un piano de tamaño natural, el que usted usaba y siguió usando para dar clases y darse el placer de tocar en especial algunos temas clásicos o algunos tangos a modo de descanso.

Pero lo que contaba papá, además, era que la tarea de fabricar un envoltorio de tablas para ese piano, tarea que lo tenía un poco atemorizado, fue hecha con indicaciones de usted, mamá, como una pionera del Oeste norteamericano que va a atravesar las grandes planicies munida nada menos que de semejante instrumento musical gigante. Y que cuando terminó de hacerlo, sintió él cierta confianza de que el ordenado y gigantesco amasijo de teclas, de cuerdas sonoras y de acordes aguantaría el envión tan prolongado y terminaría sonando -como sonó en toda mi infancia, y luego nuestra infancia- en la otra ciudad natal, la verdadera.

Hace poco uno de los hermanos envió una tira de fotos por medios electrónicos. Había una sola de usted, mamá, hoy, que de inmediato me pegó como me pega el primer momento cuando vamos a verla al geriátrico con uno de mis hermanos o con la hermana que me queda viva, y usted tiene la inmovilidad de una foto, pero ahí, en lo real, sólo hasta que empieza a desentumecerse.

¡Ay, mamá, pobre!, no puedo dejar de decirme cada vez, un poco abrumado, en el último par de años. Ya está usted transformada en algo distinto, donde late sin embargo, en esa cara comprimida por la simple edad, que desde hace años ya no habla, el mismo gesto de mirada despejada, directa, con que nos miró durante décadas sobre todo a papá pero también a cada uno de sus hijos, queriéndolos, intentando con intensidad modificarlos, apenándose cuando no lo lograba, y siempre con una sonrisa limpia, despejada, que alimentaba la de papá, a veces más difícil (el hombre que trabajaba, que castigaba, que a veces se hartaba de aguantar).

Ya no palabras, ya no risas, pero sí, todavía, sonrisas. En ese lugar de cuidados relativos, cambiantes, que es un geriátrico, donde si no se ejerce un control filial de presencia, el rostro de usted, mamá, y el cuerpo, comprimiéndose, dejando de comunicarse por desgaste progresivo más que por enfermedad, como papá, terminaría por disolverse.

Ay, mamá, pobre: la frase, lo reconozco, de un hijo hasta cierto punto cobarde, que piensa que una mamá que ha sido tan creyente con tanta profundidad durante tanto tiempo, a diferencia de uno, que no sabe muy bien en qué cree, aunque sí que cree en algo, efecto inevitable de ser hijo de usted, mamá, y de papá, merecería otra cosa.

Un hijo al que le cuesta cada vez más ir a verla, y que desearía que algo de la hilera de cosas en las que cree mi mamá, con tanto tiempo transcurrido, la Virgen de los Milagros por ejemplo (a quien mamá le agradeció siempre cada cosa que encontró cuando la creía perdida, cada vida que se salvó en el anca de un piojo en el círculo de familiares, amigos y conocidos), o incluso el propio Dios, tendría que enviar un grupo de ángeles que la tomara de las axilas, la levantarán y se la llevarán al cielo de una vez sin tanta historia, con esa sonrisa aceptante, creyente, que trató de comunicar con menor o mayor fortuna a sus hijos. Mi mamá se lo merece de sobra, mamá.

# EL LUGAR SIN LÍMITES

“Ser un dios y no poder realizar un milagro es una sensación desesperante”.

Lord Dunsany, “Chu-bu y Sheemish”

Desde este punto de vista, sólo se nos ocurre un símil, un paralelo ante lo que vemos: los blancos acantilados de Dover, que desde la costa inglesa enfrentan al continente europeo en el estrecho del mismo nombre. Pero de inmediato tendríamos que empezar a apuntar diferencias. A la larga, en no demasiado tiempo (en el caso de recorrerlos en helicóptero, por ejemplo), los acantilados terminan. En contraposición, lo que ahora vemos podría ser recorrido durante horas, a cualquier velocidad, sin que se produjera de pronto un punto final. Tampoco existen a la vista otros tres elementos: la capa de hierba verde que suele verse en las fotografías sobre la caída a pique de la roca. Ni el agua, serena o agitada, que forma la base de la piedra caliza. Ni los trazos negros de pedernal negro que matizan el blanco de la creta. Aquí todo se ve parejamente blanco, pero sugiriendo siempre a quien alguna vez vio aunque más no sea una foto, los blancos acantilados de Dover.

La extensión sin fin, de todos modos, recorta la semejanza. Seguramente, además, quien haya pasado por allí habrá visto aves, insectos, incluso algún ser humano, o un perro. Aquí, en cambio, no hay ninguno de esos elementos. Bastan algunos momentos de experiencia de este lugar sin límites, siempre igual a sí mismo, siempre deshabitado aunque más no sea por cucarachas u hormigas, para que la máquina incesante de nuestra mente comience a apartarse cada vez más de la comparación con los blancos acantilados de Dover.

Tampoco podemos caer, sin embargo, en la afirmación tajante de que el lugar quizás no tiene ni siquiera aire, podría ser apenas la superficie de un planeta desprovisto de atmósfera, y por lo tanto de plantas, insectos, animales o seres humanos. Porque a un mismo tiempo la base misma de nuestras percepciones se rebela y cree captar, sin poder explicar bien cómo, algunos restos de actividad que indican desarrollo, evolución, incluso cultura. No nos atrevemos a creerlo al principio, pero cuanto más nos quedamos allí, en el paisaje árido y a la vez infinito, más creemos percibir algunos rasgos de... ¿cómo podríamos llamarle? No se trata de sonido, desde luego, ni por lo tanto de diálogos, monólogos, discusiones o entendimientos. Porque no hay seres de tamaño pequeño o mayor que puedan emitirlo. Pero tal vez el acostumbamiento a esto que no entra en nuestras expectativas normales para un lugar normal de la Tierra nos va haciendo cada vez más sensibles a otra cosa.

Llega un momento en que ya no recordamos si estuvimos mirando los falsos acantilados de

Dover (sin fin) durante horas, días, meses o décadas. Podríamos preocuparnos, pero nos aparta del temor la curiosidad. Porque nos parece oír algo. Es más: creemos percibir a por lo menos cuatro personajes que, si no dialogan, ni oyen, ni ven ni son vistos, sí al menos emiten algo, algo que circula fuera de la vista, el oído, el gusto o el olfato. Inventamos una denominación, bastante mediocre, a falta de contar con la seguridad de un especialista en la materia. Cuando han pasado horas, y ya creemos distinguir palabras concretas, y hasta frases, empezamos a hablar de “emisiones subsónicas” o incluso “emisiones invisibles”, sin captar, además, la diferencia: aplicamos los términos según la inspiración, al voleo.

A la altura en que ya podemos distinguir, por decirlo así, quiénes son los personajes (o lo que fueren) ya hace tanto que estamos allí, que no sabemos precisar tampoco desde hace cuánto el cuarteto, más que hablar, emite ráfagas silenciosas de imágenes, retruécanos. Podrían ser incluso uno o dos siglos, y además (como descubrimos casi al mismo tiempo) siempre sobre los mismos temas, muy variados, pero concentrados en una serie de procesos, procedimientos o acciones (invisibles, insonoras, insaboras) semejantes.

El tema central se impone ante nosotros con tal contundencia y tal cantidad de ramificaciones que de pronto nos descubrimos dispuestos a no irnos o tratar de irnos en seguida, sin antes precisar mínimamente de qué se trata.

Ante todo diremos quiénes son los personajes (o lo que fueren): se trata de tres ángeles, y de un ser totalmente distinto al que ellos se refieren como Él, pero que nunca emite, a diferencia de ellos tres. Poco a poco, a su vez, los tres ángeles adquieren características muy marcadas. Casi sin querer los llamamos el Ángel Lumpen (por su modo inesperado, luego aceptado, de emitir estados de ánimo, usar palabras un tanto groseras), el Ángel Rojo (por la sugerida y repetida insinuación de ese color en lo que emite) y el Ángel Azul, por el mismo motivo. Sin saber por qué, nos sentimos aliviados de que no exista un Ángel Negro, al menos para nosotros.

Dados nuestros antecedentes personales, no podemos dejar de relacionar a quien llaman Él con Dios, en el sentido de dios único, todopoderoso. Por otra parte, nos cuesta acostumbrarnos a que los ángeles no tengan nada que ver con la imagen de ellos que nos hacemos. En este caso no podríamos hablar de alturas o fortalezas y, sobre todo, no podríamos hablar tampoco de alas. Los ángeles, que emiten sin cesar corrientes arrebatadas o serenas de conceptos, discusiones o hasta bromas, no se ven, no se oyen, no pesan: de hecho no apoyan sus pies sobre el suelo, porque tampoco los tienen.

Hipnotizados por los temas que tratan, sólo nos limitamos a ir absorbiendo lo que recibimos, lo que ellos emiten. Incluso creemos estar prestando atención durante muchas horas. De pronto, también de a poco, nos sentimos desdoblados. ¿Qué somos, aquí, en estos falsos e interminables blancos acantilados de Dover? ¿Seres como los que éramos antes de llegar: hombres, mujeres, apoyando con firmeza los pies sobre el suelo? Pero al poder percibir de pronto lo que hasta un instante antes eran sólo sensaciones difusas, confusas, ¿dejamos de serlo? ¿Somos otra cosa, más cercana a los tres ángeles en permanente intercambio de emisiones, sin ningún tipo de rasgo físico? ¿Estamos como ellos adentro de la piedra, por así decirlo? ¿Y cuánto dura nuestra percepción? Sin datos para ninguno de nuestros sentidos, también el tiempo sufre, se disuelve.

Por una parte traducimos para nosotros las emisiones de los ángeles en palabras, en imágenes, en períodos, en secuencias. No sabemos cuántas horas o días pasan. Ocurre que poco a poco nos damos cuenta de que también para ellos el tiempo parece haberse disuelto. Con mucha dificultad vamos captando en las emisiones angélicas que el tema central para ellos sería “el silencio de Él”

(sobre eso parecen discurrir, con mayor o menos pasión, todo el tiempo). El ángel rojo, por ejemplo, emite: “¿Hoy tampoco Habló?”. Tanto el ángel lunfa como el azul gruñen, como si volver a referirse a lo mismo fuera ridículo. El azul emite, muy fastidiado: “No habla desde 1880 y pico”. Casi nos caemos de espaldas (aunque aquí no la tenemos) al oír de pronto una fecha concreta, histórica, que nos ubica pero no sabemos con respecto a qué. Nos llama la atención, además, que digan “habló”, como si Él pudiera hacerlo, a diferencia de ellos. El ángel lunfa hace su aporte cínico, burlescamente agresivo, emitiendo: “Es el colmo. Si no Habla ya mismo, que se vaya a llorar al cuartito”.

Los otros dos ángeles emiten un estado de ánimo asombrado, escandalizado: no se puede emitir en ese tono sobre Él. “Pero si no habla”, dice el ángel lunfa, “¿qué carajo podemos hacer?”. Lo que emiten al unísono los otros dos ángeles es el equivalente de un respingo (aunque nada se oye ni se ve ni se siente dentro de la roca infinita): mucho menos así se emite sobre Él. Los que estamos captando todo esto, casi colados de refilón en algo que no entendemos, hacemos esfuerzos infructuosos por relacionar el año 1880 y pico con algo. Pero pronto la intriga se resuelve. En realidad sospechamos que desde ese lejano año hasta hoy (digamos 2018, por poner una fecha) los tres ángeles han estado paseándose o circulando o proyectándose, emitiendo siempre sobre los mismos temas.

Así que no nos asombra cuando después de un silencio considerable, tan extenso que empezamos a pensar que ya terminó todo, uno de ellos (creemos que es el rojo) emite: “Después de todo la culpa la tuvo Él Mismo”. “Sí”, reconoce, sintético, el ángel azul. “Lo que siempre digo”, emite el lunfa. “Mejor no ser omnipotente. A Seguro lo llevaron preso”, remata, con cierta incoherencia. “Lo que pasa es que alrededor de 1870 Él había Estado en el Sinaí, y había intentado un milagro”, emite el rojo. El lunfa lanza un corto equivalente silencioso de una carcajada: “No me hagan acordar”, casi se oye el ruido de una escupida, un gargajo. “La multiplicación de los panes”. “No llegó ni a quince panes”, emite el rojo, condolido. “Rarísimo, porque el Hijo del Hombre (en realidad de Él) había logrado cientos, hasta miles”. “Para mí, ahí empezó todo”, dice el azul. “Andaba con un mal humor de perros. Armaba tormentas en distintos planetas, hundió algunas ciudades, se burlaba sanguinariamente de los hombres que él mismo había creado”.

“¿Quién se creía que era?”, emite el lunfa. “¿El rey del fainá? A partir del fracaso con los panes empezó a darse máquina sin parar. Apostaba consigo mismo. Un boludo, para decirlo corto”. Esta vez los dos ángeles de colores no emiten nada: están demasiado deprimidos como para escandalizarse. Hay un silencio considerable, de muchos segundos. “Él sabía que existía”, emite el rojo. “¿Qué cosa?”, emite el azul, intrigado. “Esa idea. La muerte de Dios”, explica. El lunfa se mantiene aparte, sin emitir nada.

Ahora aparece, emitiendo como desde otro mundo: “Ahí fue donde metió la pata”, emite. “Una apuesta simple. Eligió a Friedrich, el pobre hombre, un gil que se creía crack. Era el que más la difundía”. “Sí”, suena casi perdida la emisión del ángel rojo, como si estuviera abstraído. Y repite: “Sí”. “Lo peor”, sigue el lunfa, “era que sabía que Él era Dios”. Ningún ángel emite nada durante casi un minuto. “Omnipotente al mango”, sigue el lunfa. “¿Y qué se le ocurre como desafío a este infeliz, este señorito?”. Hace una pausa, como dando espacio para cualquier cosa que quieran decir los otros ángeles. “Desafiarse al extremo. Darle a Friedrich, a diferencia de cualquier otro hombre, libre albedrío total. Y Él, morir”.

En el cansancio de las emisiones se advierte con claridad que vienen rebotando en los mismos

temas desde hace más de un siglo. Vueltas y vueltas y vueltas y vueltas. “Y el tipo lo tomó al pie de la letra. Lo mató, él creía que sólo en los libros. Pero a esa altura, por su negativa a intervenir, él mismo se había debilitado. Fíjense en lo de los panes. Así que al final...”, se queda en un silencio total, sin decir la palabra, el verbo. “Se murió”, emite al fin gravemente, casi imposible de captar, el rojo. “No se lo esperaba. Pero pasó eso. No pudo volver”. Silencio, silencio, silencio en el ámbito ya lleno de silencio de la piedra, del paisaje sin fin, de los falsos acantilados blancos de Dover.

“No habló más”, emite el azul. “Desde entonces no habló más”. “Y para junar qué pasaría con semejante estupidez fanfarrona”, emite el ángel lunfa, “la de un Él omnipotente que lo sería incluso en su decisión de desaparecer, sin vuelta, bastaba con fijarse en cómo terminaría Friedrich: loco como un plumero, abrazándose a un caballo en una plaza, mirándole el ojo equino grande, curvo, con su propio ojo más pequeño, extraviado”. “¿Y nosotros qué?”, sigue el tono agresivo del ángel lunfa. “Tanto que lo bancamos, en las buenas y en las malas, y ahora nos deja, nos jode, se va: quedamos solos, rebotando como bolas sin manija”.

No podemos dejar de sentirnos impresionados ante la catarata de nuevos datos. Se nos ocurre que ahora entendemos muchas cosas cuando en realidad, la verdad sea dicha, seguimos sin entender casi nada. Para nosotros fue un shock, para los tres ángeles es y seguirá siendo el tema repetido hasta el hartazgo desde hace tanto tiempo. Así que van desgranando las consecuencias como en una cantilena apropiadamente religiosa, alternándose: “El objetivismo, el psicoanálisis, la primera Gran Guerra, la Segunda, el rock and roll, Hanoi, los autos pequeños y casi iguales entre sí, el consumo...”. Siguen, siguen y siguen.

De pronto se detienen, como si eligieran no repetir todo hasta el final. “Lo peor”, emite el rojo, “fue dónde terminó Él mismo”. “Eso”, dice el lunfa. “Eso”, repite el azul. “En la única oquedad de este paisaje sin final”. Estamos por preguntarnos, desorientados, qué es una oquedad, cuando el ángel rojo, al darse cuenta, emite una definición prolija, detallada: “Espacio que en un cuerpo sólido queda vacío, natural o artificialmente”. “Pensar que en otra época este Pelotudo podía entrar y salir de cualquier oquedad cuando se le daban las pelotas”, emite el lunfa, furioso. “Bueno”, lo ataja el azul. “Ya está. Ya está. Ahora está ahí, sin emitir nada, desde 1880 y pico, sin que nosotros mismos, sus ángeles, podamos entrar ni salir en ese lugar”.

“Muerto”, emite el rojo, impávido. “Muerto, muerto”, dicen los otros dos, casi como si fuera el final de un aria de ópera, no al unísono, sino en cadena.

Y de pronto no hay en el interior de piedra ninguna emisión, incluso ninguna presencia, nos damos cuenta. Sin esfuerzo, sin desearlo siquiera, estamos afuera, donde el paisaje más se asemeja a unos infinitos acantilados blancos de Dover. Tampoco afuera hay nada, nadie. Después de ese tiempo sin tiempo en que seguimos lo que emitían los ángeles, nos volvemos sobre nosotros.

Yo mismo, el que narra, apenas uno de los tantos que llegamos aquí, ahora no nos acordamos cómo, también vuelvo sobre mí. Me doy cuenta de que pronto volveremos todos, apoyaremos los pies sobre el suelo, estaremos en nuestro propio lugar, ni más ni mucho menos sabios que antes de enterarnos de todo esto.

Paseo la mirada por última vez por la piedra que se proyecta hacia el horizonte, esa línea que retrocedería sin fin si avanzáramos. No se ven insectos, no se ven perros, no se ven hombres ni mujeres. Sólo piedra, al parecer intocada, como si por aquí no hubiera pasado nadie nada nunca.

## SILVIA Y EL ESPACIO

Hacía unos cuantos minutos que Aline estaba despierta. Se quedó quieta en la cama, mirando la luz del sol que crecía muy lenta a través de las rendijas de las persianas, a unos cuatro metros. Desde que se había mudado al departamento pensaba trasladarla a otro cuarto, un poco más chico, para dejar este despejado, y que fuera realmente como un living. Pero lo había ido postergando, casi sin darse cuenta.

Se oyó un crujido cerca y el cuerpo entero se le puso en alerta, tenso, apenas por un segundo. Después se acordó. “Silvia”, pensó. Se relajó otra vez. Sabía que el pequeño crujido se había oído a unos tres metros, en dirección de la ventana. La gata tenía una casita acolchada, pero casi nunca se metía en ella. Era un cuerpo gris, delgado, silencioso. En cuanto la vio la había llamado Silvia, como aquella amiga que tanto había visto en una época, y que no veía ahora desde hacía tiempo.

La casita que le había comprado en la veterinaria era justa, perfecta para ella. “Pero es una gata”, le había dicho Morales riendo, cuando vio que se negaba a entrar. “Siempre va a estar en otro lugar”.

Tendió la mano fuera de las frazadas, pero la dejó en suspenso, flotando en el aire, sin chistar para llamarla. “Dejala en paz”, se ordenó. Y agregó, divertida: “Dejate en paz”. Volvió a meter la mano adentro de la cama, bajo la sábana, y al hacerlo se rozó un seno. Sonrió. No había caso: los sentía más cargados, y no había nada que lo explicara. Se estiró, con las dos manos fuera de las frazadas: “La felicidad”, se dijo, casi riendo.

Había algo de eso. Ya habían pasado unos cuantos años desde la separación con Roberto... con Torres, se corrigió: a él ella siempre lo había llamado Torres. ¿Hasta eso iba a cambiar, ahora? Todo le parecía paradójico, si se ponía a recordar.

Lo primero había sido su propia velocidad para aceptar, cuando él ni siquiera había empezado a plantearle establecer la distancia entre los dos. Incluso mientras le contestaba, casi interrumpiéndolo, pensaba una y otra vez: “Estoy loca. Estoy loca”. Pero no dio marcha atrás. Eso facilitó todo. Había pasado el “replay” de la escena miles de veces, en el primer año.

Pero incluso entonces, incluso en las primeras veces, surgía una respuesta sofocada, soterrada: “fue por el espacio”. Había llegado a odiar aquella casa hermosa, de barrio, con jardín. Sentía que chocaba con las cosas, que no cabía. Y el jardín, por ningún motivo en particular, le daba miedo. Rara vez salía del living: se quedaba en él. Le parecía que las plantas y los canteros le quitaban el aire todavía más que los muebles de adentro.

Se sentó de un envión en el borde de la cama, y miró a su alrededor. Este departamento tenía la mitad de superficie que la casa donde ahora Torres vivía solo, esa casa que ella le había

adjudicado y él había aceptado con rapidez. Pero acá había como cuatro metros hasta la ventana. Podía abrir los brazos y bailar sin chocar contra nada. Además estaban los otros dos cuartos: el que había reservado para ella y adonde tendría que haber llevado la cama...

De pronto se dio cuenta, como una revelación: “claro: me habría sacado espacio”. Y el otro, donde dormían Ana o Juan cuando les tocaba estar con Aline. En el cuarto de ella tenía la computadora y un mueble con separadores, donde había puesto dos cristales peruanos, una pirámide de cobre (regalo errado de Morales -ella no creía en pirámides- pero que le gustaba), un plato con el símbolo del yin-yang trazado con piedritas pequeñísimas, y otros objetos: el conjunto le parecía estético, agradable.

Además había una biblioteca mediana donde tenía los libros de ella, ordenados por tema. Cuando venían amigas y amigos a compartir una reunión de fin de semana, sólo los dos o tres primeros en entrar al living, en los primeros tiempos, miraban la cama -común, no muy baja- con cierto asombro. Pero en unos meses se acostumbraron a usarla como un sofá, o si eran muchos, para ir tirando los abrigos sobre ella hasta que formaban un montón.

Apoyó con cuidado el pie descalzo en el suelo, y se puso a caminar hacia la ventana sin ponerse las sandalias. Silenciosa, quería sorprender a la gata. Pero cuando la vio, la gata ya le estaba clavando los ojos de iris vertical con la boca un poco fruncida, como preguntando, juzgando.

Se echó a reír en voz baja. No había manera de tomarla por sorpresa. Así que volvió a recorrer la distancia (“la enorme distancia”, se dijo) hasta la cama, y se puso las sandalias. De inmediato la gata abandonó su pose de esfinge y se puso a caminar también ella hacia la cocina más bien pequeña.

En cuanto entraron, eliminó la distancia entre las dos, y se le frotó contra las piernas. Había días en que ese contacto la fastidiaba un poco. En otros, como hoy, le gustaba. Balanceó apenas una pierna en el aire, para que se apartara un poco. La forma flexible y gris lo hizo, pero soltó un maullido bajo, casi inaudible.

—Ya va, ya va, Silvia -dijo Aline. Le gustaba usar el nombre. Aunque le parecía que la gata no lo relacionaba con ella, porque nunca cambiaba de posición o actitud cuando lo usaba, como si se tratara de la palabra puerta, o de la palabra viento. Abrió la puerta de la heladera y el animal volvió a eliminar la distancia, se le pegó, ahora con la cabeza alzada hacia el interior del aparato, que soltaba un aire fresco, casi frío.

—No seas pesada -le dijo-. Gata -la gata entendió casi antes de que lo dijera, y se apartó, acercándose al rincón donde estaba su plato. Pero mantuvo el equilibrio, la buena conducta, sólo hasta cuando le sacó la tapa de plástico al “táper” con atún. Pasaba siempre los martes y los jueves, cuando le variaba la dieta de alimento para gatos con algo de pescado. Al animal la nube de olor expandiéndose le daba como un golpe en la nariz. Ahora irguió la cola como un palo recto, y dejó escapar un maullido bien audible, largo, medio desesperado.

—Tranquiiiila -dijo ella medio en trance pero en voz alta, a la altura del maullido, mientras buscaba una cuchara. Se agachó y le sirvió una porción generosa, con Silvia ahora electrizada después de dejar que la cola se le aflojara, agachara la cabeza y se pusiera a devorar los pedacitos de atún molido.

Entró a la cocina y volvió a meter el atún en la heladera. Se hizo un té de vainilla, sin azúcar, y lo bebió lentamente. Después volvió al living.

Levantó las persianas y la luz del sol entró en el cuarto, filtrada por las cortinas casi

transparentes, livianas. Corrió un poco una hoja de la ventana sobre el riel, y sacó una mano al aire libre.

“Un buen día”, se dijo, al percibir una brisa fresca que cortaba un poco el calor del sol. Ahora francamente divertida, agregó, otra vez: “La felicidad”.

La fastidiaba hacerlo, pero tenía una vieja costumbre, que venía desde la infancia. Era la única mujer de cuatro hermanos, y para mantener su territorio clasificaba y le daba puntajes a todo. Lo había hecho tantas veces a lo largo de los años que ya le daba un poco de repulsión decirse: “No me ha ido tan mal, después de todo”. Un novio anterior a Torres le había hecho notar que era una satisfacción de mínima, que rara vez se entusiasmaba con algo a fondo.

Tendió la cama con eficacia y rapidez, y llamó a Ana. Sí: venía el domingo a la tarde y se quedaba hasta el martes. La gata salió de la cocina con un paso medido, de felino, mirando el aire o algo que Aline no veía. Pasó a su lado y se colocó junto a la casita, sobre el rectángulo de lana de todos colores, dedicada a digerir. Como cumpliendo con una tarea burocrática, giró un poco la cabeza y la miró: era una forma de darle las gracias, y nunca se olvidaba de hacerlo. Después se abstraigo de nuevo, punteando el paso del tiempo con la lengua que le lamía una zarpa, después la otra, como una artesana o ebanista minuciosa.

Entró al baño y abrió la ducha. Cuando entró bajo los hilos de agua caliente sintió, otra vez, el bienestar. No sólo le había ido bien con sus hombres, digamos con Torres y Morales. También dos años después de tener a Juan: en ese período había sentido más que nunca la falta de espacio físico, mental, meramente espacial.

Para colmo, dos o tres veces al año volvía a ver a su amiga Silvia, que siempre la hacía consciente de todo lo que había perdido (nunca de todo lo que había ganado) al casarse con Torres, “un químico”, como agregaba siempre, subrayándolo. Por eso había dejado de verla del todo: la cansaba más que el propio Torres, que abarajó la llegada de los dos hijos como pudo. Ella misma no quería mucho más en ese entonces.

Después, cuando los hijos ya estaban adentrados en la escuela primaria, el espacio empezó a faltarles a todos, y alquilaron la casa del jardín.

Para entonces, Aline ya estaba sumergida en un grupo de metafísica, creía en las vidas pasadas, sentía con claridad que a veces alguna forma angélica se entrometía y la ayudaba. Le costó creer el interés cero de Torres por todo ese paquete. La única vez que lo hablaron en detalle, él le planteó que reconocía y hasta empleaba a veces cosas semejantes, pero serias: la metafísica de Aristóteles, el taoísmo, el funcionamiento de la realidad.

A esa altura de la lista, Aline hacía esfuerzos enormes para no ofenderlo con un bostezo gigantesco. “Por favor, por favor, ¿por qué no deja que la gente crea?”, se decía. Era la contrapartida de las veces en que ella hacía un intento por contarle cualquiera de sus nuevas actividades y veía cómo saltaba dentro de los ojos de Torres la intención de contestarle, contundente, demoledor, racional, y la sofocaba, una y otra vez. Ahí no podía negarlo: era porque la quería. Pero era tonto en no reconocer que ella se daba cuenta cuando lo hacía. La tensión de lo no dicho quedaba flotando entre los dos, liviana pero cada vez más amplia.

Cuando se secó con la toalla grande se rozó los pechos, y soltó una pequeña carcajada: “Se le bambolearon los senos”, pensó, como citando una novela pornográfica. El día venía bien, nada pesado, así que se permitió reconocerlo: era fruto de las manos de Morales, que se los solía acariciar con un movimiento obsesivo. Una vez hasta canturreó en voz muy baja, casi un zumbido subsónico, como si de pronto hubiera quedado sin cerebro.



Entró al living, donde Silvia se encontraba en una de sus tantas actividades incomprensibles. Estaba sentada sobre los cuartos traseros y de pronto se erguía, con las zarpas un poco abiertas, sacando las uñas, y hacía leves movimientos en el aire.

No podía evitarlo: se acercó y no vio un solo insecto que justificara la actitud. ¿Una actividad religiosa?, se preguntó, con un tono que en seguida la hizo recordar de dónde venía ese tipo de pregunta: los momentos en que Torres se acordaba de algún buen relato de ciencia ficción, original en el enfoque, y se lo contaba rápidamente.

Se entusiasmaba, y a ella la atraía la trama, y se sorprendía a veces con los finales. Pero él había dejado de leer ciencia ficción poco antes de que se casaran, y no había vuelto casi a hacerlo. Aline, por su parte, abrió un par de veces alguna revista o libro del altillo, y lo había soltado sobre la misma pila después de leer un par de párrafos: nunca le estimulaban el apetito de seguir.

Con Morales había sido como con tantas otras cosas: se conocieron en una charla de Deepak Chopra por videoconferencia: habían salido juntos comentando los temas, habían ido a tomar un café. Y en dos charlas más del grupo que coordinaba Morales habían ido a la cama, y después combinado una relación con cierta distancia. Cada uno en su casa, y el disfrute mutuo.

Un poco más alto que Torres, más moreno, un poco más joven, de inmediato se había llevado bien con Juan y con Ana. Ella temía más por el primer encuentro con Torres, pero cuando por fin se conocieron, cerca de fin de año, armonizaron en seguida. Sintió un gran alivio, pero a la vez un toque de desilusión: había esperado al menos un par de disimulados gestos de agresividad de Torres.

Después la molestó otra cosa, en las primeras dos veces que se encontró con Torres después de conocerlo, para arreglar algo sobre los hijos. Ella no podía evitar sonreír al verlo de nuevo. Y él, estaba segura, porque lo conocía como la palma de su mano (o mis senos, se rio), se daba cuenta, y deducía que se aburría con Morales. “Qué terrible idiota que es”, se dijo, “siempre tiene que comparar, como si estuviera en el laboratorio”. Pero en eso se habían entendido bien siempre: si algo era bueno, hacía disfrutar, por lo general lo hacían.

“Está loca”, se dijo Aline, mirando a la gata. “Más loca que yo cuando me casé, o cuando me separé”. Silvia ya no estaba sentada. Acurrucada con los músculos en tensión, como para dar el salto de su vida, tenía el hocico pegado a la unión del suelo con el listón de madera en el que terminaba la pared.

En este caso ella sabía: algún insecto se había metido allí huyendo de sus zarpas, o había cometido el error de asomar una pata, o una superficie quitinosa. En eso era como la otra Silvia, con su militancia feminista: no abandonaría jamás el acecho.

En esta ocasión se equivocó por completo. De pronto el cuerpo gris entero entró en ebullición, dando zarpazos cruzados, saltando, proyectándose después como una jabalina gris hasta entrar en la cocina, rebotar contra alguna superficie dura y ruidosa y salir después a la misma velocidad demencial.

Si la gata se hubiera quedado de nuevo en su espacio, no la habría molestado. Pero en cuanto emprendió otra carrera de velocidad máxima, intervino:

—¡Gata! -gritó a pleno pulmón. El sonido alcanzó al animal cuando faltaban uno o dos metros para la cocina. Fue como si le hubieran pegado un tiro. Resbaló sobre su propia trayectoria, pegó contra la pata de una silla aunque sin mucha violencia, adquirió una actitud digna, y se dirigió a su zona.

Aline se quedó con los ojos muy abiertos, porque Silvia caminó lentamente, ni miró la alfombra de lana, entró a la casita, giró dentro de ella, y quedó sentada, digna, estatuaria, con la boca un poco fruncida.

Aline estuvo a punto de aplaudir, pero no lo hizo. En cambio metió las llaves y el pase de boletos en la pequeña cartera violeta que tanto le gustaba. Miró de nuevo a la gata, sonriendo, y salió. Se oyó girar la llave en la cerradura. Después el silencio se fue asentando como nieve.

La gata siguió inmóvil dentro de la casita. Sólo podía percibirse un cambio infinitesimal en la orientación de la oreja que daba hacia la puerta: captó primero los pasos de la dueña caminando hasta el ascensor, después la ruidosa subida de la máquina, y el ruido aun mayor que hizo al detenerse, la apertura de la puerta, el cierre, y el ruido al revés al bajar, alejándose. Ahora también la oreja se quedó quieta. El silencio era total, salvo el ruido lejano de un auto al pasar, varios pisos más abajo.

La pata derecha de la gata se proyectó de pronto hacia afuera del pequeño recinto, seguida de inmediato por la pata izquierda. Las dos se apoyaron en el suelo, y el cuerpo gris y delgado se estiró sin terminar de salir: con un bostezo que le abrió la boca hasta el límite, con pleno despliegue de la lengua. Después salió.

Miró hacia la ventana, a alrededor de un metro y medio de distancia, y hacia la cocina, unos cuatro metros. En vez de moverse se sentó y empezó a lamerse con esmero una pata, después la otra. Cuando terminó, se dirigió rectamente hacia una banqueta que estaba cerca de la ventana. Apuntó con los ojos de iris verticales y saltó, no dejó de moverse al aterrizar, siguió un poco el impulso, y se paró, con las patas apoyadas en el vidrio de la ventana. Por suerte la dueña no había bajado de nuevo las persianas. Le gustaba mirar afuera.

Se quedó un buen rato allí, parada en dos patas, mirando la calle abajo o el barrio a lo lejos, interesada, apuntando con la mirada, aunque seguramente calculando espacios con cierto margen de error, un margen alto cuando eran distancias lejanas. Se concentró un rato en una mujer que tendía la ropa en una terraza de segundo piso, con un pulóver colorado, jeans y una cabellera más amarilla que rubia.

En un momento determinado, se dejó caer sobre las cuatro patas encima de la banqueta. Apuntó y saltó al suelo. Se movió casi al trote, hacia la cocina. Al entrar agachó un poco la cabeza, buscando en el suelo, tanto con los ojos como con la nariz, algo que variara el espectáculo liso del piso de baldosas bien fregadas. De pronto la nariz captó un olor, lo siguió ciegamente, y sacó con la lengua un fragmento de atún que había quedado tirado entre dos baldosas.

A partir de allí el control fue menos estricto, y pronto terminó de revisar aquella cocina más bien pequeña. Clavó los ojos en el borde de la mesada de mármol. El espacio daba bien, así que saltó, y, con un impulso corto del cuello y la espalda, quedó parada cerca del posaplatos.

Caminó esquivando algunos de los objetos (un cenicero, un vaso, dos repasadores). Después alzó la cabeza y la dejó inmóvil mirando la parte de abajo del mueble donde estaban las tazas, los platos, las botellas de aceite y vinagre, la sal. Las había visto más de una vez desde abajo, cuando la dueña las sacaba. Pero aquella masa rectangular metálica era un misterio que no había podido descifrar, desde que aún era una gata pequeña. Una vez más, calculó el espacio y se convenció por enésima vez de que no había forma de saltar hasta allí y tener un punto de apoyo. Cambió de dirección la mirada y la cabeza.

Apuntó y saltó fuera de la mesada. Caminó sobre las baldosas de la cocina, después las patas pisaron la madera del piso del living. Ahora caminaba lento, sin trotar. Al pasar junto a la mesa

miró al pasar, pero sin cambiar de dirección. Recorrió el espacio de unos cuatro metros hasta el rectángulo de lana, hizo una serie de movimientos con el cuerpo, de avance y retroceso mínimos, unos centímetros apenas, y después dejó caer el cuerpo hacia abajo hasta que quedó totalmente apoyado sobre la lana. Recogió distintas zonas de su cuerpo hasta quedar hecha casi una pelota, apoyó la cabeza sobre las patas delanteras encogidas, y entrecerró los ojos.

La luz del sol fue variando hasta desaparecer. En el momento en que abandonó la piel de Silvia, la gata, sus ojos se abrieron, grandes. Absorta, sin cambiar de posición, fue recorriendo con la mirada el espacio del living, meticulosamente.

Cuando llegó a la mesa, se despertó del todo. Hasta un tiempo antes los saltos sobre la mesa habían sido su fracaso personal. Casi siempre estaba llena de cosas que no podía prever por adelantado, y más de una vez había resbalado o tropezado, para caer, a veces acompañada por alguno de esos objetos, con la furia consiguiente de la dueña. Ahora había una silla cerca de la mesa: era fácil.

Se paró sobre la pequeña alfombra, se apoyó sobre las patas traseras, se estiró, bostezó. Después se dirigió sin vacilar hasta la silla, apuntó, cayó sobre ella, apuntó de nuevo y saltó sobre la mesa. Por milagro, casi no había objetos: la habían limpiado. La recorrió más de una vez, olfateando cada objeto -una taza, una cuchara, una libretita de apuntes de tapa roja- sin parar de moverse, hasta que apuntó y volvió a saltar al suelo.

Sin previo aviso, se le puso todo el cuerpo en tensión, concentró la mirada, el olfato y hasta un sexto sentido para el ruido de algo sobre el suelo, por mínimo que fuera. Vio una cucaracha de tamaño mediano que huía hacia el refugio que podía darle el espacio mínimo del listón de madera en la base de la pared. Saltó, alcanzó a darle un golpe rápido con una zarpa antes de que llegara.

La cucaracha quedó de espaldas, inmóvil, como si estuviera muerta. La enfocó con concentración. La cucaracha seguía inmóvil. Adelantó un poco una zarpa, la tocó. La cucaracha se movió, apenas. La gata inclinó la cabeza, muy atenta, con los músculos en tensión. Fue como una explosión: la cucaracha salió corriendo a toda la velocidad que le daban las patas pequeñas hacia la otra pared. Era demasiado espacio por recorrer. La gata la alcanzó y volvió a cortarle la carrera.

En los minutos siguientes, se dedicó a tocar a la cucaracha cada cierto tiempo, o a cortarle la carrera si volvía a tratar de escabullirse. Mientras estuviera así, tan al alcance, prefería jugar antes que matarla. Si volvía a intentar algo inesperado, la liquidaría.

Pasaron muchos minutos en esos movimientos mínimos, de obra teatral japonesa, entre inmóvil e intensa. Al final se cansó, la atrapó con la zarpa, la levantó con la lengua, la hizo crujir entre los dientes, la escupió. Después la empujó con la pata hasta meterla un poco bajo el listón de la pared.

Caminó con la cabeza muy erguida hasta la silla de la ventana. Volvió a quedar en dos patas sobre ella. Tanto la calle como los edificios más lejanos estaban ahora casi cubiertos por la sombra. Sólo algunos pisos más altos recibían todavía algunos rayos de sol.

Se quedó mirando un rato, moviendo apenas el cuello cuando pasaba un auto y en una sola ocasión alzando la cabeza para mirar el avión que pasaba sobre el departamento, siempre a esta hora, preanunciado por el sonido de los reactores. Al fin apoyó las cuatro patas sobre la banqueta, apuntó y saltó al piso.

Estuvo a punto de distenderse sobre la alfombra de lana. Pero hizo una pausa infinitesimal y siguió, para meterse en la casita. Movié el cuerpo allí adentro, en el pequeño espacio, y al fin

quedó inmóvil, estatuaria, digna. Pasaron algunos minutos y de pronto la oreja se movió como si fuera un radar automático. Había captado el ruido del ascensor deteniéndose en el piso del departamento con un sacudón.

De ser posible, el cuerpo gris se volvió aun más inmóvil. Las llaves giraron en las cerraduras: primero la de arriba, después la otra, más común.

Aline entró y lanzó un resoplido de alivio mientras se sacaba los zapatos sin agacharse, forcejeando con cada pie, y dejándolos allí donde caían. Entró a la cocina, abrió la heladera, y se sirvió un vaso de jugo de naranja.

No había sido un buen día. Sobre todo a la tarde. La cola del banco era interminable, y al salir, para culminar, se había cruzado con Silvia, su amiga, a quien no veía desde hacía meses. La saludó con alegría, y Silvia aceptó ir a tomar un café. Fue una charla anodina, ociosa. Se daba cuenta de que Silvia la trataba distinto desde que se había separado de Torres.

En un momento le contó la relación con Morales, y todo se echó a perder. A Aline todavía le costaba creerlo: el rostro de Silvia se arrugó literalmente, le preguntó quién era él y empezó a diseccionarlo casi antes de que Aline le diera los datos.

Mientras hablaba, ella se daba cuenta de que, a esa altura de sus mutuas edades, Silvia reaccionaría de manera cada vez más automática ante el tema hombres, y que ella se sentiría cada vez más fastidiada. Mientras seguían hablando, una zona de su cerebro canturreaba “Última vez... última vez...”.

Si en alguna ocasión volvía a ver a Silvia de lejos, en vez de llamarla, como había hecho hoy, cruzaría a otra vereda. Y si la propia Silvia la veía y la llamaba, inventaría cualquier compromiso importante (un médico, un impuesto a pagar, una cita a esa hora) para librarse de ella.

En realidad los desarrollos de ese tipo la deprimían. Suspiró hondo, dejando escapar después el aire. Miró lentamente a su alrededor y vio a la otra Silvia, la gata, metida en la casita, exactamente en la misma postura de cuando se había ido, horas antes. La envidió, le envidió la serenidad animal, la capacidad de quedarse quieta en períodos tan largos, sin hacer nada, sin moverse. Llamándose Silvia, pero sin conocer a la otra Silvia

—Gata -susurró, y la gata abrió los ojos de inmediato, como si despertara: la miró. Ahora era Aline quien estaba del todo inmóvil, emitiendo algo sin darse cuenta. Se miraron un rato largo y después la gata soltó un maullido acolchado, grave.

—¿Tenés hambre? -le preguntó, sin moverse, sin levantarse para ir a la cocina. La gata contestó sacando una pata de la casita, después la otra, y estirándose. Después salió.

Se dirigió con calma hasta la silla donde se había sentado Aline. La miró directamente a los ojos un momento. Después apuntó y saltó, acomodándose con suavidad en la falda de la dueña.

Sorprendida, Aline le acarició la piel gris, se fue abstrayendo. No mucho después el animal empezó a ronronear, suave, con el calor creciendo sobre las piernas y el vientre de su dueña.

# MUERTE Y RESURRECCIÓN DE UN PADRE

Temprano en la mañana me llamó el Jilguero y me dijo: “Mataron a tu padre en el Corredor”. Sentí un golpe en el pecho. Después lancé la Onda y pasó algo raro: no me llegó de vuelta que mi viejo ya no estuviera. Ni tampoco que estuviera. Hace mucho que me trasladé a Malvín Norte con mis cajones curativos y el gato, así que me iba a llevar un buen rato llegar al Corredor.

En la Guerra Última el ataque fue fulminante y completo. En pocas horas quedaron apenas 7000 y pico de sobrevivientes en Montevideo. Las bombas nuevas, que no tenían el efecto nuclear de radiación posterior pero desarrollaban un calor sin límites, liquidaron cientos de manzanas. En el tramo de la avenida 18 de julio desde Ejido hasta la plaza Independencia la abundancia de edificios altos con mucho material y de alturas parecidas hizo que se fundieran entre sí y quedara esa especie de tubo raro del Corredor.

Los efectos de la Guerra Última, tanto aquí como en el resto del mundo, fueron totales. Unos meses antes de empezar se había acabado la electricidad. Del todo. Nunca se supo bien por qué. Decían que era un súper pulso electromagnético, pero consulté hacia adentro y algo me contestó que se trataba de otra cosa.

Recorrí de a poco las muchas cuadras hasta el Corredor en la moto con sidecar. En el sidecar iba el Gato (que es negro). Mientras viajábamos me llegó un contacto. Era la Garza. Me dijo: “Grabaron la muerte de tu padre, anoche”. Hizo una pausa larga. “¿Lo querés ver o lo dejo?”, agregó al final. “Claro que lo quiero ver”, le dije, mientras seguía manejando la moto con cuidado. Me lo mandó en seguida, vía Shot. Así que a partir de ahí iba con un ojo mirando los cruces de las calles vacías, y con el otro viendo el video de la muerte de mi padre. El video me había llegado directo al casco y podía ir mirándolo mientras seguía, con el sistema nuevo de doble visión.

En cuanto apareció la silueta bien grabada, en HD, se me inundó el pecho de cansancio y alegría, como cada vez que lo veía. Mi padre no era alto, pero sí compacto. “Casi demasiado”, le dije una vez. Reí entre dientes. Se lo veía caminar con paso rápido por el gran canal de edificios fundidos y pegados, como si estuviera, digamos, en 1995, cuando había autos, gente y Municipio. “Terco y cabezón”, murmuré entre dientes. Habíamos dejado de vernos hacía muchos meses, porque teníamos una manera de pelear sin pelear que a mí me hacía mucho daño. Pero siempre estuve segura (y creo que él también) de que igual nos queríamos mucho.

Avanzaba mi padre en HD como si fuera un domingo de antes, y de golpe se abalanzaban sobre él cuatro Darnochanes. La banda de los Darnochanes era la menos abundante, pero muy conocida. Cuando caía la noche, el Corredor se convertía en una especie de cancha violenta, un campo de batalla, hasta la madrugada. Una banda tras otra se enredaba en peleas interminables, casi siempre

fatales. Los hospitales habían muerto junto con la ciudad, hacía 15 años. Quedaban los cuerpos tirados sobre el pavimento poceado, bombardeado. Cuando salía el sol venían los Cuervos o los Buitres, las dos bandas limpiadoras, y se llevaban todo. Por suerte el Jilguero me había avisado todavía de noche. Aceleré un poco más, para que no me alcanzara la luz.

Se veían aparecer las pértigas con ganchos con las que atraparon a mi padre. También cómo rompía remolineando los brazos robustos las tres o cuatro primeras. Mi padre había tomado el Jugo y había pasado de jovato a longevo. Ahora que se lo habían dado, estaba ya casi en los 100 y si vivía le quedaban como 150. Se ve que el que había filmado estaba oculto, quieto. Se vieron pasar a dos Darnochanes volando. Si lo hubiera atrapado la banda de los Artodes ni me hubiera molestado en apurarme. Porque esos empiezan con la decapitación: puro impacto. En cambio los Darnochanes la demoran, la alargan, son nihilistas lentos, hasta quejosos. Así que hasta que no comprobara por qué la Onda no daba ni vivo ni muerto, no me quedaría tranquila.

Cuando llegué faltaba poco para el amanecer. Apagué el video: quedaba poco por ver. Me moví lenta, despacio, buscando entre los cuerpos. Me di cuenta cuál era el bulto de mi padre desde lejos. Otra vez me golpeó el pecho. En el sidecar, al lado del Gato, iba un par de mochilas, con material quirúrgico, pomadas, líquidos para ensartar. Dejé la moto enorme regulando, y me bajé, despacio, mirando. Al parecer se había acabado la diversión: no se veía a nadie.

Me agaché sobre el cuerpo de mi padre. Un solo vistazo me dijo que no había nada insalvable. No le habían quebrado brazos o piernas enteras. Sí en cambio los dedos de las manos, uno por uno. Saqué la Luz y lo iluminé. Tenía una mueca fija en la cara, mezcla de risa y tormento. Le habían aplastado un ojo, pero el otro parecía sano abajo del párpado. “Tranquilo, papá”, dije en voz baja. Le ensarté un par de enganches de jugos, un par de emplastos de calor automático. Le tomé la muñeca. No tenía pulso. Tenía que llevármelo, y trabajar en la Cueva. En el sidecar había puesto también un Karromat plegado. Lo desplegué. Cargué con bastante rapidez a mi padre, de espaldas, ciego y transido como una máscara.

Arranqué despacio. Seguí despacio. Me llevó un par de horas llegar hasta Malvín Norte, enfilar por la calle donde había instalado la Cueva donde venían a consultarme. No lo puedo evitar: siempre agradezco que quedaran sólo siete mil sobrevivientes, porque dispersos en la dispersión de siempre de la ciudad, casi no se notaban. La violencia extrema se concentraba en las noches del Corredor. En el resto de la ciudad, aparecía sólo de vez en cuando, por motivos puntuales, no programáticamente.

Bajé de la moto, desenganché el Karromat y lo fui metiendo con cuidado, tratando de no golpear nada que sacudiera el cuerpo de mi padre. Lo llevé a la pieza del fondo, donde acostumbraba hacer las operaciones. Trabajé duro en él: ahora le ensarté varios jugos más, le cambié los emplastos de calor y agregué programas de reconstrucción rápida. “Cabeza dura”, murmuré, sonriendo torcido. “¿Qué hacías en el Corredor, a esa hora?”. No me habría extrañado que se hubiera enganchado a lo loco con alguna mujer de la zona y tirara toda cautela por la ventana. Realmente un cabezón.

Cuando me aparté de él, había quedado envuelto en una maraña de cables y tubos diversos, como en un “cocoon” multicolor.

Me acosté (el Gato vino y ronroneó, le acaricié el cuello), y terminé de ver el video, por curiosidad. Antes de dormirme por fin, dejé conectada la Onda. Desperté varias horas más tarde. Seguía dando que mi padre estaba y a la vez no estaba. Me dejó intrigada. Me acerqué a él, que a esa altura era más un acertijo de colores que un hombre casi centenario, y le cambié varias cosas.

Cerca de mediodía empezaron a venir clientes. Repartí vegetales, tés, tisanas y arreglos de heridas con hilo y aguja. Se fueron yendo cuando bajó el sol. Quedé otra vez sola. Le tomé la muñeca a mi padre: seguía sin pulso. Me acosté con la Onda puesta. No pasó nada. Ni al otro día. Ni al otro.

Pero el jueves me despertó el pitido de aviso. Le transmití la mezcla de euforia e intriga al Gato, que corrió a mi lado hasta la pieza del fondo. Me acerqué en puntas de pie.

El ojo de mi padre estaba abierto, fijo, azul, moviéndose. De pronto enfocó, me miró.

—Qué tal, hija -dijo.

Me llenó de alegría.

## EL TIEMPO Y TORRES

Como llueve bastante fuerte, Torres decide dejar el trámite en el centro para el lunes. Los viernes no trabajan en el laboratorio, una buena iniciativa de la empresa, hace seis años: de hecho mejoró la productividad.

Le basta dejar caer levemente el cuerpo hacia la derecha para que su hombro se apoye sin violencia contra el marco de la puerta que da al jardín. Queda con la mirada fija en el agua que cae, en general, y más particularmente de los aleros, de otros distintos sitios donde se acumula, se desborda y se precipita en hilos rectos, incluidos algunos fracturados a cierta altura en gotas, desordenadas, que salpican. Hay un rumor de fondo de agua que cae, y ruidos nítidos de todo tipo, sincopados, en distintas intensidades, de gotas aisladas, sueltas, que pegan rítmicas sobre superficies sordas, o con sonido a lata, o a madera dura.

Torres queda abstraído, inmóvil. No sabe cuánto tiempo: es viernes de mañana, seguramente el agua no parará en todo el día. Tiene ese tono fuerte aunque no tanto, parejo, tranquilo, de la lluvia que dura. Es un ruido sordo que se expande en el jardín desde hace un buen tiempo, y que entra por ósmosis en la casa, en el cuarto donde él está: un olor a agua, un cambio no sólo de temperatura. En determinado momento, sin que él mismo se dé cuenta, aparta con un impulso muy leve el hombro del marco de madera, y queda derecho, erguido, un rato más.

Por la calle delante de la casa, al otro lado del jardín, pasa una moto con tanto estruendo que la calma de Torres se pincha como un globo, y podría decirse que despierta, sale de la abstracción. Ahora tiene 45 años y experimenta cada vez más ese tipo de momento: abstracción, “cuelgue”, absorción en una corriente no muy concreta de pensamientos, y después pequeña o gran explosión (como la moto que acaba de pasar) y despertar inicial, para hundirse al instante en una abstracción un poco menos completa, más liviana.

Al fin, como ahora, el despertar es completo, consciente: es viernes, falta poco para mediodía. Por suerte nunca ha llegado a extremos, como no poder acordarse de lo que hizo en la última hora (ahora, por ejemplo, calcula, mirando su reloj pulsera, que fueron más o menos 25 minutos). Está seguro de que si se concentrara en buscarle un motivo propio, biográfico a esos estados cortos, terminaría enredándose en callejones sin salida. Ya lo ha hecho un par de veces en situaciones parecidas, donde le sobra tiempo, pero terminó agotado, sabiendo menos que antes. Justamente el modo en que sale de ellos lo ha convencido con gran rapidez de limitarse a disfrutarlos, cuando ocurren.

Porque sale de ellos con una energía “plus”, muy extraña, de la que tiene conciencia por un breve instante y, cada vez más, la deja sumarse sin pensar a su energía normal del momento (un casi mediodía de viernes con lluvia, por ejemplo) sin preguntarse por nada, sin escarbar.



Tampoco hay un cambio en el estado físico, en la respiración, o en el paso a un modo más despejado de pensar. Tiene que ver más bien con la acción: si se moviera (cosa que no hace) sentiría menos el peso del cuerpo, de las piernas. Una corriente “plus” de fuerza se ha sumado a la que ya tiene de costumbre, y la deja estar, agregarse, disolverse en su torrente no sólo sanguíneo.

Lo intriga, en cambio, preguntarse cuánto tiempo hace que le pasa esto, a veces aprovechando uno de esos cambios que sólo él percibe, como ahora: ahí puede hacer cálculos, demorarse, sin sentirse exhausto al final. “Será desde poco más allá de los 40”, se dice. Lo cual no significa mucho para él, tampoco. Porque no tiene una conciencia clara, permanente, de su edad, aunque ya debiera tenerla, al menos hasta dentro de unos 20 o 30 años, cuando de hecho el dato no tenga ya demasiada importancia para nadie, empezando por él mismo.

Ahora, en cambio, sus dos hijos, tan jóvenes (Ana de 18, Juan de 20), siempre lo corrigen con precisión cuando da una fecha incorrecta, como suele hacerlo: le hacen recordar el tiempo transcurrido. Hasta los 40 a él mismo le gustaba corregir los errores de cálculo ajenos, en especial de sus dos hijos: desde los 35 los veía en paquetes compactos, intensos, de experiencia compartida.

Cuando se separaron con Aline, en buenos términos relativos, acordaron compartir casi por la mitad la crianza de los dos: tres días por semana, con el día sobrante moviéndose de uno a otro según la conveniencia y las comodidades materiales. Él quiso que ella se quedara en la casa del jardín, pero ella lo cortó con un movimiento de la mano, seco pero a la vez (no sabría explicar bien cómo) también suave: “No, no, quedate vos”, le dijo, y le dio un beso pequeño e intrascendente (a esa altura él se daba cuenta de la diferencia) en la mejilla. Resultó gracioso, y se rieron juntos cuando ella dijo la frase. Nunca supo si ella se reía de lo mismo que él: hablaban de la casa como si les perteneciera, aunque la alquilaban desde hacía más de quince años.

Podría seguir indefinidamente con el razonamiento de los números, sabiendo por adelantado que no significaba nada especialmente ordenador. Recordar, por ejemplo, que tuvieron a Juan cuando él tenía 23 años, y a Ana cuando tenía 25 (y Aline un año menos que Torres).

¿Y con eso qué?, se dijo. Para él no había demasiada diferencia entre esos dos años. A partir del nacimiento de Juan les costó hacerlos armonizar, que cualquiera de los dos no terminara partiéndole al otro la cabeza con una piedra o un palo, de puros celos. Pero a partir de cuando tuvieron más de 8 años, ya fueron casi adultos. En sus años de adolescencia y primera juventud Torres había leído mucha ciencia ficción, y Juan se enganchó de inmediato cuando empezó a pasarle revistas y libros que guardaba en el altillo, en pilas desparejas. Compartían además el gusto por los temas. Los cuentos sobre viajes por el tiempo (a los dos les gustaban más los cuentos que las novelas), por ejemplo. Las famosas paradojas temporales.

Si se pregunta hoy, viernes de lluvia, por qué se separó de Aline, lo sabe y no lo sabe. Se diferenciaban tal vez demasiado en algunas cosas. Él había dejado casi por entero de leer ciencia ficción cuando la conoció, y poco después se casaron.

Su interés en los relatos no tenía nada que ver sin embargo con la creencia en algún tipo de desplazamiento incluso puramente mental por el tiempo. Desde siempre sabía, aun antes de aprender a leer, que cada trozo de tiempo que se definía a su alrededor (el desayuno, el almuerzo, un recreo en la escuela, el horario de entrada al laboratorio, después) iba siempre, minuciosamente, en una sola dirección: jamás retrocedía.

En cambio Aline creía que era posible volver, adelantarse, visitar vidas pasadas, penetrar en su materia como si fuera porosa, multidimensional, en vez de avanzar siempre hacia adelante,

como él sabía. A su vez ella ni siquiera hojeó nunca una revista o un libro de ciencia ficción. No le interesaba en absoluto.

Juan tenía una convicción semejante a la de él, matizada: era realmente una mezcla de sus dos padres. Ana, en cambio, expresaba una relación fluida, numinosa con el paso de los minutos, las horas y los días, que nunca la sorprendían descuidada: sabía intuitivamente de qué se trataba, cómo había que reaccionar, en una danza. Ahora acababa de terminar la secundaria y había decidido no seguir estudiando nada, sino trabajar, actuar.

Por separado, Torres y Aline lo lamentaron, y tuvieron con ella discusiones violentas, pero al fin lo aceptaron. En cambio Juan hacía dos años que pensaba dedicarse a la química, finalmente. Igual que él, aunque en un área distinta, de análisis industrial.

Cuando convivían, a Aline la despistaba un poco la lluvia así, compacta y tranquila. La cabeza analizadora de Torres creía que tendría que haber sido al revés: que la masa de agua cayendo y sus consecuencias (el ruido de las gotas sobre el fondo parejo como un muro, la expansión del fresco y la humedad apoderándose de todo) eran casi la expresión de lo que era Aline y que tanto la diferenciaba de él.

Durante varios años esa diferencia los había unido, en vez de separarlos. Pero con el paso del tiempo él sobre todo empezó a sentirse agobiado por la imposibilidad de hablar de algunos temas sin terminar callándose para no discutir frontalmente. No fue el único dato, pero incidió para que al fin decidieran separarse.

Fue algo extraño, porque él estaba dispuesto a una discusión larga y, si era posible, tranquila. Pero en cuanto lo planteó, Aline lo aceptó con tal inmediatez, que se dio cuenta de que el tema había crecido entre los dos en silencio, como la lluvia antes de desencadenarse.

En ningún momento pensó en que podía deberse a una relación oculta de ella con otra persona, otro hombre. No sólo por el tiempo relativamente breve que ella pasaba fuera de la casa. Para eso siempre había tiempo, lo sabía por experiencias juveniles, y justamente el descubrimiento de la flexibilidad extraordinaria de las horas y hasta de los cuartos de hora para brindar momentos extraordinarios de sexo o emoción era una de las cosas para él inolvidables del aprendizaje de la juventud. Aline, desde luego, lo veía totalmente de otro modo, que él no alcanzaba a comprender.

Ahora sólo Ana seguía cumpliendo las agendas de los dos padres, visitándolos en los días asignados desde hacía años. Juan se había alquilado un departamento chico, y arreglaba con ellos por teléfono. De cualquier manera todos seguían teniendo una conciencia clara de los cuatro, no sólo en el tiempo sino también en el espacio.

Dos años atrás, Aline había conocido al encargado de un curso sobre energías personales, que seguía a Deepak Chopra, y habían terminado por juntarse, casi convivir. Un tipo agradable, con quien era imposible discutir o enojarse. A Torres le caía bien, se alegraba de que no fuera otro tipo de persona. Pero sospechaba que Aline, aunque satisfecha, se aburría un poco. Lo deducía porque cuando ahora se veían, sonreía de oreja a oreja al verlo, como si al fin pudiera charlar de ciertas cosas.

En el plano externo, como le llamaba él, o “lo real”, los dos habían envejecido un poco, aunque apenas. Otra vez aparecía la paradoja, nada temporal: Aline se teñía prolijamente las canas, él no. Los dos no ocultaban las arrugas un poco más marcadas alrededor de los ojos, de hecho conseguidas en buena medida a base de reír o sonreír.

Unos meses atrás hubo una lluvia semejante (la ciudad era grande: llovía a menudo), y Aline había caído casi de sorpresa (avisándole con media hora). Se quedaron como él ahora, mirando el

jardín, oyendo la lluvia, las gotas, las latas, la madera dura. En un instante exacto (como sólo el tiempo sin relojes puede producirlos) dejaron de mirar el patio y se miraron a los ojos.

Esta vez él no tuvo dudas: era una mirada de tristeza leve, recatada. Casi una forma de reconocer el paso del tiempo, de tenerle cierto respeto, porque se lo merecía. Cada uno de los dos por separado, y muchas veces al unísono, habían tenido esos instantes que parecían expandirse con un ritmo libre, como el sonido de una campana o una campanilla, sin que se supiera cuándo terminaban, como si el sonido silencioso del tiempo tuviera un radio de expansión infinito. Como casi siempre, sonrieron apenas, miraron un poco más la lluvia, se preguntaron un par de tonterías y Aline se fue.

Cuando venía, Juan a veces tenía momentos como el de la lluvia, pero no relacionados con el clima, con lo exterior. Le gustaba sacar una silla y sentarse en el jardín. A veces lo limpiaba un poco (Torres no era un fanático de la jardinería), y se sentaba a disfrutar de la inmovilidad como de un premio. Ana en cambio no se detenía en ninguna zona definida de la casa. También ella lo ayudaba un poco a Torres, recogía cosas tiradas, se llevaba ropa para lavar, o la lavaba directamente allí, en el lavarropas.

Habían pasado unos meses difíciles todos, después de la separación. En especial los hijos parecían no saber para dónde disparar. Desde mucho antes Juan hablaba más con él y Ana con Aline. Incluso los dos, cuando todavía no habían percibido el crecimiento de la distancia entre ellos, habían hablado del tema, criticando un poco al otro, haciendo planes para tratarlos con más equilibrio. Pero para Torres esas cosas eran como eran, como el tiempo.

Siempre aceptaba el planteo de cambio, y después aceptaba que todo siguiera más o menos igual. Al cumplirse el primer año de separación no la vio a Aline, pero los chicos habían venido juntos (recién habían empezado a moverse solos por la ciudad), porque la madre viajaba a las Sierras cordobesas, a una estancia cargada de energía de las estrellas, en un viaje grupal. Él, Ana y Juan hicieron una fiesta discreta, irónica, en joda, como si festejaran el primer aniversario de un casamiento en negativo. Se rieron mucho, y nunca le contaron nada a Aline, porque no tenía sentido.

Aunque tenía su posición tomada, Torres seguía perezosamente al tanto de las cosas sobre el tiempo. En una época estaba la comprobación “científica” del retroceso (o adelanto) del tiempo a partir del presente, a través de fracciones infinitesimales, de “taquiones”. Eran “partículas hipotéticas” que viajaban a más velocidad que la luz.

Le hacía tanta gracia el delirio en abstracto, que incluía “números imaginarios”, que en una discusión le dijo a un compañero de laboratorio: “Callate, partícula hipotética”. En otra época se interesó en otro tema y leyó con frecuencia artículos sobre cosmología, cómo había sido con exactitud el comienzo del universo, el “big bang”, y cuánto tiempo aproximado hacía que había estallado, y cómo sería el final. Incluso había leído un largo artículo sobre el final del tiempo, a través de la “teoría de las cuerdas”, los agujeros negros y cosas por el estilo. Todo le parecía teórico, seguramente cambiabile con el mero paso del tiempo. En él mismo, y en el par de charlas con amigos sobre el tema, se daba cuenta de que era algo artificial, divertido, pero que no incidía para nada en su forma de ver las cosas

En cambio sobre todo Horacio, su amigo más fantasioso, le había anunciado que se acercaba el día más importante de la historia humana: la reproducción de un fragmento infinitesimal del “big bang” en un acelerador de partículas de Europa. El día llegó, el experimento tuvo éxito, y no hubo un sólo cambio perceptible en su vida.

Le parecía más destacable el modo en que había cambiado la división clásica en horas y minutos en cuanto a su expresión gráfica: los relojes redondos, mecánicos, con agujas y una ronda de 12 números, habían desaparecido casi totalmente. Se daba cuenta de su propio rasgo retrógrado principal: no usaba teléfono celular. Pero cuando extravió el reloj pulsera que había heredado al morir su abuelo materno, lo cambió por otro Casio digital, ahora con los números bien visibles: empezaba a perder un poco la vista. Un par de años antes había tenido que empezar a usar anteojos, por miopía simple.

Unos meses antes de ese viernes de lluvia había encontrado un papel doblado adentro de un viejo libro de bolsillo de ciencia ficción. Le pasaba ahora a menudo: subía al altillo y revolvía un poco, no con interés renovado, sino tratando de encontrarse con el que había leído aquellos libros y revistas de tapas a veces chillonas.

Era como si la separación con Aline lo hubiera madurado de más en algunos aspectos, como el calor a un durazno, y estuviera haciendo lo que uno solía hacer más bien después de los 60 años. Lo abrió: era una cita copiada de un cuento, a máquina, como solía hacer, para después pasarla a mano a un cuaderno si resistía algunas lecturas. Sonrió: no había anotado la fuente. Al verla la recordó de pronto a la perfección, sin embargo, y el modo en que lo había impresionado, aunque no el relato de donde la había sacado.

Unos días más tarde pasó algo que pareció armado por adelantado, como en una película mala, obvia. Juan había llegado un jueves para quedarse hasta al domingo. El viernes, un viernes de sol muy distinto a este de lluvia, sacó la silla al jardín y se sentó a mirar las plantas y el sol. Al rato salió él, y estaba por irse cuando Juan le hizo una pregunta y se pusieron a conversar.

“Dios bendito”, pensó, cuando se dio cuenta de que las preguntas y sondeos de Juan tenían que ver con la muerte. Le parecía un tema disparatado a esa edad. Pero por otra parte, junto con la infancia primera, ¿no era acaso el momento exacto para hacerlas?

Esquivó con elegancia un par de preguntas frontales. Pero se notaba que Juan empezaba a sentirse defraudado por la conversación. Él no sabía cómo decirle que la muerte no era una mujer, ni un hombre, con una brillante guadaña afilada al hombro. Que lo más fácil, si tenía suerte, si no había complicaciones sufrientes en el cuerpo o en el tiempo, era que lo esperase al final otra cosa, menos definida, menos corpórea. Y en ese instante le pegó en la mente la cita del cuento. “Eso, eso”, pensó, empezando a levantarse

—Esperá un momento -le dijo.

Entró a la casa y la encontró donde la había dejado: junto a la computadora, apretada con la engrapadora para que no se le volara. Volvió al jardín y le dijo al hijo:

—Aguantátela. Es un poco largo.

Y se la leyó, saltando algunas palabras: “supo que el tiempo” (y no la muerte, agregó, alzando los ojos) “es el único problema sin solución que todos enfrentan. El tiempo es órdenes de magnitud más complejo que el mundo tridimensional, el tiempo está en el comienzo y estará en el fin, fijo e inmutable y eterno, y los hombres y las mujeres son siempre impotentes ante él. Uno puede buscar hacia abajo atravesando las múltiples capas de la personalidad para entender sus propios motivos y desentrañar sus complejas emociones, pero al final llegará inevitablemente a la unidad que nos aguarda a todos en el fondo del universo: el tiempo”.

Se quedó callado, mirando a Juan, que a su vez lo miraba como sin saber si reírse o llorar. A él mismo le había pasado con su padre, mucho tiempo atrás: empezó a considerarlo un poco chiflado. Pero también a respetarlo de manera menos absoluta y más personalmente suya: un

aprecio que no excluía el humor y la cargada. Juan rompió a reír.

—¡Está bueno! ¡Está bueno! -se paró y dio un salto de bailarín clásico-: ¡La muerte no existe! ¡Sólo el tiempo!

Lo contagió: primero se rieron y saltaron juntos, gritando, después se fueron calmando, Juan volvió a la silla y él a la casa, a tomar algo fresco: se sentía acalorado. Después, con una sonrisa, pensó que hacía años que no actuaban así entre ellos.

Además la conversación tuvo alargues. Cuando Ana llegó a quedarse sus tres días asignados, después de pasar como una figura leve pero eficaz por toda la casa, lo sorprendió al pedirle permiso para revolver las pilas del altillo. La miró de reojo, incrédulo:

—¿Vas a leer ciencia ficción? -le dijo.

Ana soltó una carcajadita.

—Puede ser... Puede ser... -dijo, nada confrontativa ni tampoco adicta, equilibrada como siempre.

Unos veinte minutos después bajó sin nada en la mano. Sólo había revuelto un poco las revistas y los libros, sin agarrar ninguno. Él estaba apoyado en la puerta que daba al jardín.

Fue ahí cuando tomó conciencia de que ahora lo hacía a menudo: la Época de Apoyarse en la Puerta del Jardín, pensó que le pondrían de título sus biógrafos al capítulo sobre esa etapa, cuando investigaran a fondo su vida extraordinaria. En cuanto Ana terminó de bajar la escalerita por la que se subía a aquel depósito de lecturas añejas, le preguntó, un poco desilusionado, al no saber qué habría llamado la atención de su hija en aquel mundo ajeno:

—¿No elegiste nada?

—No, quedate tranquilo -tomó una silla, la metió un poco en el jardín, se sentó y lo miró-. Lo que pasa es que Juan me contó la conversación que tuvieron.

Torres la debe de haber mirado con expresión obtusa, porque agregó:

—Sobre la muerte...

Recordó y asintió con la cabeza.

—...y esa cita que le leíste sobre el tiempo.

Abandonó el respaldo que le daba el marco de la puerta y se acercó un poco a su hija. Le daba un placer especial que los dos siguieran viéndose según la agenda establecida hacía tantos años, y conversando, ahora que Juan vivía solo.

Inevitablemente hablaron un rato de los mismos temas. Pero Ana estaba tan instalada en un ritmo propio que pronto derivaron a desentrañar si había o no un orden de las cosas, si es que no había directamente un Dios.

Divagaron con serenidad, y él se quedó con algunas cosas que podría haberle dicho. Como que estudiar química y después ejercerla lo había convencido de un orden natural relativo, donde dos elementos dados se combinaban siempre de la misma manera y no de otra. Eso lo despistaba un poco con Juan. Nunca se le habría ocurrido que alguien que estudiaba lo mismo pudiera entregarse a especular con la muerte.

Ana asentía mientras él hablaba, mirándolo con interés: una actitud muy suya, muy tranquila, que solía alimentar también la calma del que hablaba. Sintió que nunca antes había expuesto aquello con la misma claridad. Hasta se puso político y optimista, algo totalmente insólito en él: le dijo que todavía le costaba creer que una buena parte de la Tierra no hubiera volado ya al espacio exterior por una combinación de bombas atómicas intercambiadas.

—Es cierto -cerró Ana mientras se levantaba de la silla y volvía a colocarla en el amplio living donde él tenía la computadora. Unos minutos después, se fue.

Dejó de mirar el jardín y el agua, y entró a la casa. Ahora era, inevitablemente, su casa, y de nadie más. Faltaban unos minutos para la una de la tarde. Abrió la heladera, y en un movimiento continuo de las manos sacó diversos elementos para hacerse un buen sándwich.

Muy satisfecho, vio que aún quedaba la mitad de una botella de cerveza negra, bien fría. Despejó la punta de la mesa, sacó un mantel y en pocos minutos estaba almorzando. Terminó también rápido. No iba a ocultarlo: a veces se sentía de verdad solo, un poco aburrido. Pero en general lo deslumbraba el modo en que le alcanzaba el tiempo. Aunque sin exagerar.

En cada viernes completo que tenía para él solo solía sentir que en uno de esos días con que empezaba el fin de semana, si se ponía a hacerlo en serio podría leer de un sólo envío alguno de los numerosos libros que tenía sin abrir, no solo en la biblioteca, que estaba cerca de la computadora, sino también en el altillo, donde una buena cantidad de libros de bolsillo de tapas chillonas no habían sido abiertos, o terminados.

El sonido de la lluvia seguía idéntico. Tomó de la cesta una banana, la peló y se la comió. La sensación de amplitud temporal siguió: podía hacer lo que se le ocurriera. Sonrió ante el pensamiento, como tantas otras veces. Sabía más o menos lo que ocurriría: se iría al dormitorio con un libro, leería unas cuantas páginas, y después se quedaría dormido como un tronco. O empezaría a leer una revista. O incluso otro libro, sin terminar el primero.

Secretamente, en el fondo de la piscina de expectativas que es toda mente humana aunque no quiera, se preguntaría si llamaría a alguien por teléfono, o si al abrir la computadora cerca de la noche, aparecería algún mail inesperado. Esa zona de la cabeza era la que tenía que ver con las aventuras, con la fantasía, con la imaginación, con las alucinaciones. “Lo real” era más tranquilo. Cuando sorprendía, lo hacía de verdad, dejaba marcas, o provocaba cambios. Pero pasaba cada tanto.

Se quedó un rato en pie, preguntándose si se animaría a salir para ver alguna película, o incluso pasear demoradamente por algún shopping. Después, cansado de masticar esa alimentación puramente mental, entró al dormitorio y tomó una antología de cuentos norteamericanos que estaba leyendo.

Afuera no paraba de llover. Hizo el chiste clásico, desde la secundaria: “Y adentro”, pensó, “adentro también llovía”. Leyó entero un cuento largo de Shirley Jackson. Eso lo dejó muy satisfecho. Apagó la luz del velador y se durmió casi de inmediato.

Despertó a las seis de la tarde, descansado. Afuera la continuidad del ruido de fondo y de los ruidos particulares seguía intacta. Hizo un comentario mental obvio, tautológico, de esos que convierten al lenguaje en algo anodino, que no ocurre en el tiempo, y que por alguna secreta razón le encantaban: “Cómo llueve”.

Ahora no estaba colgado de nada. Estaba despierto. Pero no salió de la cama de improviso, como solía hacerlo. Se quedó disfrutando del asunto, del ruido a lluvia, del viernes completo para él, preguntándose casi sin ganas, y dejando de hacerlo, pronto. Total, le quedaba tiempo de sobra.

## PEGANDO LA VUELTA

Ciriaco Yu se inclinó un poco sobre la tabla. El Paraná estaba demasiado picado, pero las olas venían bien, grandes, poderosas. Se encaramó en el lomo de una y un leve movimiento de la cintura y las piernas le permitió bajar por la concavidad del agua. Ahora movió todo el cuerpo, en medio del fragor ensordecedor del agua, y el eje de la tabla cambió en un ángulo recto. La ola iba rompiendo como si viniera frontal desde la isla misma de enfrente. Le salió perfecto: en cuatro segundos estaba adentro en vez de encima de la ola. Era como un tubo transparente, medio azul, con el agua que iba cerrándolo a unos cinco metros a sus espaldas, y él manteniendo la distancia mínima para que no lo tumbara en un estruendo de agua, tabla y huesos rotos. No pudo evitarlo: soltó una carcajada silenciosa, ahogada por el ruido de la espuma al romper. Mantuvo el equilibrio a la perfección, y en un momento dado se agachó sobre la tabla, cambió el centro de gravedad y se fue apartando a gran velocidad del oleaje, en una línea transversal que lo iba acercando a la costa.

Llegó mucho antes de que rompiera aquella gran ola, tal vez la más violenta del día, calculó. Dejó que la tabla resbalara sobre la arena, bajó con un pequeño salto y la alzó. Ni se dio cuenta cuando el agua estalló detrás de él. Tenía ahora 24 años, y hacía 14 que se dedicaba a surfear frente a lo que en otros tiempos había sido la Estación Fluvial, ahora enterrada bajo toneladas de arena. Se fue cruzando con otros amigos del palo, con sus propias tablas, que le hacían el saludo de rigor: el índice y el pulgar extendidos, y los otros tres dedos doblados, sacudidos tres veces. Y siempre una sonrisa, a la vez franca y mecánica.

Cruzó sereno el Parque del Monumento. De toda esa zona lo que había quedado era la parte superior del viejísimo Monumento a la Bandera, que había pasado de forma fálica cuadrada a apenas un tocón bajo de cemento. Lo contorneó con paso rápido. Llegó al depósito de tablas y se la entregó a Funes Stompanato, que le dio la ficha para retirarla a cambio. Saludó con la mano a Isabel McCain, que siempre estaba como un fierro en la barra del boliche cercano. Fue trepando el declive suave de la antigua barranca, y ahora sí se dio vuelta. El sol estaba a pleno e iluminaba con nitidez las olas gigantescas, arrancándoles reflejos a contraluz. El espectáculo siempre lo llenaba de vigor, de ganas.

Muchas veces hablaba con su abuela, Mangaruyá Thompson, de aquellos tiempos en que la ciudad tenía un centro.

—¿Un centro cómo? -preguntaba.

Después dejaba que la abuela se perdiera en largas frases encantadas que describían calles de puro cemento, algo llamado “vidrieras”, extraños recinto-“bares” donde uno tomaba ¿líquidos? y comía ¿“sándwiches”? La abuela le había explicado esta última palabra, pero nunca pudo entender qué eran.

Hacía treinta años había llegado todo junto: las catástrofes climáticas habían alcanzado tal nivel de brusquedad y violencia que las islas de Inglaterra e Irlanda habían desaparecido bajo las aguas de un día para el otro. Las represas gigantes de África, Brasil, Rusia y Estados Unidos habían reventado como cáscaras de huevo. El sistema eléctrico había quedado paralizado, en principio hasta nuevo aviso, después para siempre. Las bajas habían sido incontables, el tiempo empezó a ser medido de otra manera.

Por suerte todo había pasado seis años antes de que él naciera. Le resultaba imposible imaginar un mundo donde el oleaje tremendo del Paraná no rompiera contra la costa con fuerza salvaje, donde no hubiera una comunicación inmediata con el Atlántico, donde el antiguo Uruguay siguiera con su pequeña superficie.

A él que no le vinieran con historias sobre la época de “las computadoras”, con nostalgia de los “celulares”, con elegías sobre la época en que Buenos Aires todavía había sobrevivido a inundaciones enormes pero al fin y al cabo locales (“sudestadas”, las llamaba la abuela Mangaruyá Thompson) antes de que la combinación del terremoto submarino y el tsunami consiguiera convergieran como dos azotes implacables, destruyéndola.

Llamó a Teresa Camus. La flaca tenía la voz cero kilómetro: antes de que se lo dijera, supo que ella también se había llevado la tabla al río-mar y había cabalgado un buen rato las olas.

—¿Hoy de noche salís? -preguntó con la voz nítida, riente.

Le dijo que sí.

—¿Adónde vas? ¿Bailás?

Le dijo que no. Que iba a la Florida Garden, a ver salir la luna.

Mientras los dos hablaban, los habitaba siempre la seguridad de ser los Nuevos, los nacidos después de los desastres. Los que podían no trabajar en nada, preparándolos para la Nueva, aquella época que nadie sabía cómo sería. Los Adultos, los que pasaban de 50, vivían aplastados por la culpa, trabajando porque sí (con la energía del hidrógeno ya no hacía mucha falta), de puro curdas. Había excepciones, pero casi todos volvían un poco quebrados a la casa, se quedaban sentados sin hacer nada, extrañando los “televisores”. Algunos eran bocones, y hablaban con ira de “estos tiempos de mierda”. Los que tenían más de 90, en cambio, como la abuela Mangaruyá Thompson, no la pasaban mal, no odiaban aquel presente de bisnietos y bisnietas surfistas, maratonistas, contempladores. Y cuando hablaban de “aquellos años” no lo hacían con la nostalgia del lejano pasado, de aquel mundo “antes del Sacudón” como si se tratara de un paraíso, sino como quien rescataba de aquel entonces lo que tenía que ver con este presente.

Por su parte ellos no se aburrían nunca. Es más: a Ciriaco Yu le encantaba hacer rodar sobre la lengua el nombre-doble (según dictaba la Ley Nacional/Extranjero) de Teresa Camus. Un par de veces, mientras el agua de la ola quedaba domada por su arte de la tabla, sabiendo que el ruido del agua tapaba todo, no aguantaba el impulso, y cantaba a voz en cuello el nombre de Teresa Camus, alargando o acortando las sílabas, terminando en un grito que la abuela llamaba “zapucay” en el preciso momento en que se dejaba ir en diagonal para abandonar la masa de agua acelerada y acercarse a la costa.

Con Teresa Camus quedaron en encontrarse después de las diez, para ir a la costa.

\* \* \*



Su hermano menor, Osvaldo Suleimán, lo acompañó lejos en las motitos, para elegir una tabla. Después del Sacudón, o el Vuelco, muchas plantas habían cambiado por completo. Una de ellas tenía una madera exacta, muy maleable y bien ancha, ideal para una tabla.

En el tiempo de Antes el hermano se habría llamado Osvaldo Yu. Pero los registros exigían siempre un nombre y un apellido distintos. Flaco, bien tostado, Osvaldo Suleimán usó el método normal: le pegó al árbol fuerte con los nudillos, en distintas partes. De pronto los dos sonrieron: la madera había sonado casi a cristal. No necesitaron hablar para saber: “Esta, esta es”.

En las motitos llevaban las herramientas necesarias y se pusieron a trabajar en seguida. Al atardecer tenían la tabla en bruto ya preparada. Ciriaco Yu sacó una liviana estructura de metal y lona, con ruedas anchas, cargó la tabla encima, y la enganchó a su motito, para que lo siguiera. Bastaba con ir más despacio, para que no perdiera estabilidad. Después patearon el arranque de las motitos y pegaron la vuelta, para volver a la ciudad. Osvaldo Suleimán silbaba fuerte, satisfecho y enérgico. Atrás iba Ciriaco Yu, callado, sonriendo apenas, sabiendo lo que iba a hacer en las semanas siguientes: enseñarle todos los trucos de la tabla sobre las olas a su hermano menor.

Cuando llegaron a casa, la abuela Mangaruyá Thompson estaba hablando con Antonio Tupelé, su nieto, el padre de los dos. Bajaron de las motitos y le hicieron una pequeña reverencia de saludo. Después se metieron en el taller, prendieron la luz y se pusieron a trabajar en la tabla. A las diez Ciriaco Yu le dijo a Osvaldo Suleimán que la seguían al día siguiente. Tenía que salir con Teresa Camus. Nicolás Suleimán le hizo un par de chistes pesados, apagaron la luz y se metieron en la casa.

La abuela Mangaruyá Thompson se había acostado. El padre, Antonio Tupelé, estaba sentado en la cocina, con los brazos apoyados en el sillón, callado y mirando el aire. Lo rodearon sin hacer ruido, para no sacarlo del Trance. El Viejo era de los buenos, de los excepcionales: nunca se aburría.

\* \* \*

Mientras bajaba a la Florida Garden en la oscuridad, reconoció al pasar la silueta alta de Carlos Paävo.

—Uno con la ola -dijo, sin levantar la voz.

Carlos Paävo alzó el brazo con el vaso de cerveza.

—Dos en el rebaje -dijo, y los dos hicieron al unísono los tres sonidos huecos con la mejilla.

Se sentía tan bien que aceleró el paso. Vio a Teresa Camus desde lejos, delgada, con el pelo largo un poco sacudido por el viento.

—Amiga en la tabla -la saludó.

—Tabla en la tempestad -le contestó ella.

Bajaron lo que quedaba de la loma con pasos ágiles y rápidos. No había mucha gente en la costa. A esa hora el río-mar estaba calmado: era el momento de la marea baja, y podía verse a lo lejos, enfrente, el perfil de la isla, que en otros días quedaba bajo las aguas.

Ciriaco Yu se sentó sobre un tocón de árbol, con Teresa Camus al lado. Dejaron escapar el aire, aspiraron con la boca cerrada, lo dejaron escapar de nuevo.

—China -dijo ella.

—Rusia -dijo Ciriaco Yu.

—Montenegro.

—Estados Unidos.

—Finlandia.

—Sudán.

—Canadá.

—Honduras.

Entre nombre y nombre, aspiraban aire por la nariz, con la boca cerrada, y lo dejaban escapar por la boca entreabierta, que de inmediato decía otro nombre. Al poco rato, la voz de los dos fue bajando, desapareciendo. La mano de Teresa Camus se apoyó sobre la mano fuerte de Ciriaco Yu. Los dos miraron ahora fijamente el agua cada vez más plateada sobre la que se iba elevando la luna.

—Mayo -dijo Teresa Camus.

—Mayo -contestó Ciriaco Yu.

## MIRÁNDOLA DORMIR

Mi vida, como la de todos, es infinita. Pero guarda docenas de momentos que sólo le pertenecen a ella, esa mujer. Se me ocurrió pensar por ejemplo en las numerosas ocasiones en que se quedó a dormir la noche del sábado.

Tengo que hacer un aparte acerca de mi cabeza. También, como la de todos, es una máquina insaciable de Caos y Orden. Y también de Clasificación. Después de varias veces en que me desperté bastante antes y mi mirada se paseó con rapidez sobre la forma cubierta por la sábana o semidescubierta, empecé a demorarme un poco. Hasta quedarme un rato abstraído, maravillado incluso, mirándola dormir: un rato cada vez más largo.

No saqué conclusiones agudas o profundas. Me dije, por ejemplo, ¡qué hermosa es, por favor! Luego la seguí mirando en silencio. Después de varias veces (o semanas, porque en esta nueva relación de los dos lo común era que nos viéramos los sábados y parte del domingo) la máquina insaciable de Clasificar de la cabeza en Domingos de Mañana trajo del archivo las varias ocasiones en que había leído en la Literatura, en los Relatos, una escena de hombre que miraba dormir a una mujer y, una y otra vez, ese personaje la veía como si ella hubiera muerto. Y seguían unos párrafos con no muchas variantes, con consideraciones filosóficas al respecto.

Por ejemplo se repetía la idea, para mí muy poco trabajada o profunda, de que por debajo de la piel y el cabello (tan hermoso en las mujeres hermosas) estaba en realidad, con su dureza extrema, el Cráneo, aunque casi en seguida se hablaba de la Calavera. ¡Por favor, por favor!, exclamé sin decirlo en voz alta, para no despertarla, ¡chocolate por la noticia! ¿Tanto nos joderá la presencia cada vez más diluida de las pocas gotas de cultura española y catolicoide que nos van quedando? Sacar semejante conclusión (y subrayo que se trataba de muy buenos escritores latinoamericanos o rioplatenses) me parecía tan genial como ver una película prestándole una atención desmesurada sólo a la banda de sonido.

Se dormía siempre profundamente. Entraba por las ventanas, o entre las rendijas de las persianas, progresivamente el sol. Ayudaba a no convertirlo en un momento memorable, anotable, la repetición. Fuera de ese momento, en las vastas extensiones de tiempo cronometradas por los relojes, mi cabeza a veces pensaba en ella durmiendo y yo mirándola dormir, sin saber qué imagen o más bien de qué domingo era la imagen que había convocado.

Divagaba sobre las palabras. ¿No era excesiva la insistencia general en usar las palabras “profundo”, “agudo”, “penetrante”? ¿Valía la pena penetrar la figura de una mujer dormida hasta llegar al cráneo (“¡qué profundidad!”, comentaba mental, sarcásticamente), ya sea mirándola o pensándola luego? Más bien recordaba la frase de un buen poeta y gran pensador francés que había dicho “Lo profundo es la piel”. Había sido hacía muchos años, pero recordaba que yo había

reaccionado de inmediato comentando: “Eso, eso”, mucho antes de conocerla y mirarla inmóvil, durmiendo.

No había ningún tipo de tensión, ni tampoco ningún tipo de éxtasis. Estaba ella dormida y estaba yo, después del primer par de veces, sentado en una silla, mirándola dormir. Creo que ese equilibrio (que en buena parte era el de la relación misma en aquellos numerosos meses, incluso años), dependía de que ella, como todos, tenía un equilibrio propio que dependía de contar con buena parte del cerebro dedicado a dormir cuando estaba despierta, criando a su hija, o dando clases, y buena parte del cerebro despierta cuando dormía y yo la miraba. Lo deduje en buena medida llevado por la observación. Es lo que une a la ciencia y el arte: las conclusiones que se sacan de la contemplación, o la observación, más que de las teorías. Sobre todo porque siempre, de pronto, despertaba.

Yo sabía que ese momento llegaba, tarde o temprano. Y lo extraordinario fue que la primera vez que me vio mirarla, observarla, muy adecuadamente, sonrió, apenas sorprendida, gracias al equilibrio que ejercía, tan delgado, entre el sueño y la vigilia. Después, ya no. Se despertaba, movía algunos músculos de la cara, hacía un ruido indescriptible con la lengua contra el paladar, abría los ojos y ¡zas! estaba parada y moviéndose lenta hacia el baño.

Eso, esa mezcla no de ángel y bestia, sino de sueño y vigilia, era lo que me impedía por completo pensarle la piel, los rasgos, el cuerpo, como sostén del cráneo, el esqueleto. Más bien era al revés: el esqueleto era el sostén, y la superficie, los ojos, los pechos, la piel eran lo esencial, que resplandecía en su propia existencia, en su propia expresión compleja, para nadie, o para quien mirase, mientras que lo otro era apenas un conjunto de materia de sostén (huesos, cartílagos) que no equivalían ni siquiera al valor puramente material de su peso en los diversos materiales implicados.

Ya metidos los dos en el mundo despierto, pero con parte del cerebro todavía dormido, bajábamos a desayunar en el bar, o barríamos con algo que hubiera sobrado del día anterior, del sábado. El domingo era un día laxo, un poco tonto. Ella se iba, yo subía otra vez, si tenía ganas volvía a salir.

Ahora nos vemos muy de vez en cuando, pero aquellas numerosas horas mirándola dormir, sumadas, cimentaron algo raro, peculiar. Nunca le dije nada, tampoco ella lo comentó. Pero en estos días, mientras cruzamos palabras cada vez más cercanas a la mera información, al intercambio de experiencias cotidianas, hay un ritmo que sobrevive a todo, mucho más hondo que el mero amor. A la tercera vez que la vi en un mismo año (y no le dije nada), me di cuenta de que la profundidad que seguía debajo de la piel, el ritmo sin cronología, dependía de que la seguía mirando en su zona del cerebro que, aun estando ella despierta, seguía dormida.

## BAILANDO BROTA EL AMOR

No me pidan que baile: soy periodista. Estoy recorriendo el borde de una pista de baile de barrio, pero es para una nota. Camino lento, fijándome. Me concentro en detalles (los remaches de unas vigas de hierro, las sillas un poco desvencijadas, algún bailarín o alguna bailarina en particular), los anoto mentalmente. Tengo buena memoria, nunca he tomado demasiadas anotaciones, salvo que sepa que la nota entera la escribiré varios días después. Pero por lo general la debo entregar en uno o dos días. A veces, incluso en una o dos horas.

Hacía mucho que no me tocaba una nota de este tipo. Más bien, en los diarios y revistas donde colaboro, se suelen acordar de mí y llamarme por la eficacia para ubicar buenos datos, incluso en Google, y ordenarlos de otra manera, a gran velocidad.

Cuando empecé sí, hacía muchas notas de ambiente, tomadas del natural. En una playa, en un frigorífico, en un club electoral, en un bar nocturno céntrico, muy distinto a este salón de baile, o de hecho este gimnasio, porque cuando no hay baile, la pista se convierte en cancha de básquet. El enorme local que lo cobija lo cubre con comodidad, y sobra espacio en los tres lados no ocupados por una prolija cantidad de tablonces de madera para los espectadores de los partidos.

Esta vez tengo espacio de sobra para escribir. Es para *Sentimiento urbano*, una gruesa revista-libro bimestral, que publica, con cuidado y buenas ilustraciones, extensas crónicas. Sin sesgo: no tienen por qué ser testimoniales, aunque pueden llegar a serlo. La publicación se ha ido destacando de a poco, hasta llegar al próximo número (el décimo, especial), donde mi crónica ocupará el lugar central. Dado el tema, en seguida combiné, con la pareja directora, que más bien levantaría una construcción “en 4D” del evento.

La denominación les sonó rara (intrigarlos era el propósito de la sigla). Sencillamente, expliqué, no hablaría sólo de la doble condición del lugar -cancha, pista de baile-, o de su pequeña historia cronológica. Trataría de proyectar, con la máxima claridad y cantidad de planos posibles, la “cuarta dimensión” emocional, interna del lugar. No sólo la personal (de cada pareja bailarina) sino también colectiva, constituida por la suma de los olores y sabores, por la existencia plena de esa cuadra un tanto oculta, en el barrio Sur, detrás de un prolongado paredón que envuelve y protege al club. Estuvieron de acuerdo, les gustó la idea.

Por eso llegué de tarde, cuando todavía se veía nítida la condición de cancha de básquet. La noche anterior habían regado todos los lugares con superficie de tierra o césped, y barrido con esmero.

A eso de las cuatro de la tarde, además, agregaron los colgantes astutos de cartón y lona que ocultaban los dos cestos para embocar la pelota, y algunas estructuras divisorias para canalizar a la gente que iría llegando, desplazándose entre las numerosas sillas, o quedándose parada, o

haciendo cola en los dos lugares donde servían bebidas y alimentos.

No me pidan que fume: nunca empecé. Ahora he pasado los cuarenta años y ya hace mucho que es demasiado tarde para el bautismo de fuego. El club, además, siempre recuerda y hace recordar su cerrado código interno, opuesto a las drogas, a la marihuana en especial. Mientras me desplazo por el borde de la pista, sonrío. Es fácil distinguir a los integrantes del supuesto “grupo de seguridad”, que se encargará de controlar que se cumplan las reglas. Entre diez y quince personas fuertes, jóvenes, de labios apretados y miradas agudas, decididas, que cumplen la tarea con gusto. Cuando no hay baile, se reducen a tres, más viejos, que cuidan las instalaciones del club, alternando horarios diurnos y nocturnos.

La mayor parte de la noche sonarán temas mezclados, a todo volumen. Pero cerca de la medianoche se producirá la única actuación en vivo. Entonces aparecerá Javier Mentolaro, un venezolano que ya traía su fama a cuestas desde el castigado país natal.

En seguida la había multiplicado, gracias al fervor del público argentino joven, no sólo de clubes como aquel, barrial, sino también de grandes superficies masivas de La Plata, Rosario o Córdoba, donde arrasaba con su ágil mezcla de cumbia y bolero.

Doblo al llegar a la esquina de la pista. En menos de una hora el lugar estará repleto. Ahora quedan todavía muchos espacios libres. Paso junto a uno de los dos puestos de bebidas y alimentos y alzo las cejas al ver el gran tamaño de un símil-barril de fernet, listo para empezar a despachar vasos sucesivos de fernet-cola como una ametralladora. Para mis adentros, no me cuesta nada seguir considerándome un observador cultural, casi un antropólogo, en vez de un mero periodista.

Prohibidos los fasos, me digo: de acuerdo. Pero vía libre a la canilla abierta de fernet, que, después de cierta cantidad, empieza a destruir los tiernos hígados jóvenes o adolescentes. Aprovecho el ruido alto de los parlantes, que empezaron a sonar hace unos minutos, para largar una carcajada. Sólo una muchacha de vestido rojo la oye, y pega un pequeño salto de asombro. Después se ríe conmigo: a eso ha venido ella, me digo: a experimentar ritmo, ruido, desfasajes.

De pronto acelero el paso, corto en diagonal la pista (o cancha) todavía transitable, avanzo por el ancho corredor de entrada al gimnasio y cancha cubiertos, y salgo a la vereda, a la calle.

El atardecer se ha vuelto azul profundo, las parejas o los bailarines y bailarinas sueltos van llegando cada vez más abundantes, alimentando las colas ante las dos ventanillas donde se venden las entradas, y después ante los dos controladores que las cortan.

Cruzo la calle, de escaso tráfico, me paro sobre la vereda de enfrente y me doy vuelta, para abarcar la imagen completa. Esa vereda está totalmente vacía, salvo un perro que primero me mira y después mueve la cabeza y mira conmigo la gente de la otra vereda, como si estuviera muy interesado.

Cuando me toca, ahora muy de vez en cuando, una nota larga y bien paga como esta, trato de apartarme del ruido central, y tener una imagen de conjunto, como esta especie de panorámica del paredón y la entrada del club.

Para mí, les llamo “travellings” a estas salidas bruscas al aire libre. Es como un momento de respiración, de movimiento rectilíneo, que te saca de la historia. Estás hundido en una corriente y de golpe sacás la cabeza del agua y mirás.

Aquí, por ejemplo, se ve apenas la silueta (no hay muchos focos fuertes en la calle) de los grupos cada vez mayores que se acercan a la entrada. Hay un ruido no muy alto de palabras, algún grito. Lo que se impone es el paredón blanco, largo, que recorre toda la cuadra.

Aun más claro es el cartel bien iluminado que muestra el rostro sonriente, de pelo ensortijado, de Javier Mentolaro, vestido de saco blanco y corbata fina y negra, un poco inclinado, con los ojos entrecerrados, como en un paso de baile. Aun más nítido, con letras grandes y redondeadas, agradables, se ve ante todo el título de su tema más famoso, a esta altura casi un logo de su música, el nombre del recital de esta noche: “Bailando brota el amor”.

Como siempre, para alguien que tiene que andar buscando las palabras más o menos exactas, como yo, el verbo me pega un poco mal. “Brotar” no es un buen verbo para combinar con amor, pienso siempre (desde que vi el título por primera vez, hace ya cerca de un año). Me parecería mejor que dijera: “Bailando *nace* el amor”.

Me lo vuelvo a decir, parado en la vereda de enfrente, un poco fastidiado por repetir una opinión no demasiado brillante. Seguramente hay varios temas melódicos que usan el verbo “nacer”. De pronto noto que hay una especie de rocío frío o humedad que cae, invisible, en el aire. Me estremezco apenas, me froto las manos. Estoy por cruzar, pero me quedo quieto.

“Brotar, brotar”, me digo, como tratando de aumentar la fealdad de la palabra. Pero inevitablemente pasa lo contrario, como cada vez que me enfrento con el título. Después de un momento de rechazo, me digo que en realidad no está tan mal.

Imito una frase hecha de un héroe de acción de dibujo animado televisivo: “Acción turbo”, me digo entre dientes, para salir de la inmovilidad. Empiezo a cruzar, paso por las puertas donde cortan las entradas, mostrando el pase de periodista. Camino por el ancho corredor de entrada, ahora con dificultades, por la cantidad de gente.

De todos modos falta un rato para que cueste moverse. Me fijo en la hora del gran reloj cuadrado digital encima del cesto oculto de la cancha, con números blancos sobre fondo azul: las diez y media. Alcanzo a ver, al otro lado de la pista, a Fernández, el fotógrafo de *Sentimiento urbano*, caminando tranquilo y sacando de vez en cuando una foto.

Me cae bien: no tiene el tilde de “genio” que se suelen autoadjudicar los fotógrafos gráficos. Es el segundo trabajo que hacemos juntos. Como en el anterior, veo que tiene un ritmo parecido al mío, desparejo y creativo, frenando o acelerando según los momentos.

Vuelvo a recorrer el borde de la pista de baile, sin detenerme. Sigo hasta el final, y en vez de seguir el borde y doblar, cruzo en diagonal, un poco incomodado por el público creciente, y me meto en los baños. Tengo ganas de orinar, pero a la vez quiero verlos.

Son bastante amplios, con puertas bastante nuevas ante cada inodoro. Hay entre tres y cuatro jóvenes (como es obvio, no abro la puerta de los baños), charlando, lavándose las manos.

Dos de ellos parecen estar intercambiando algo. Como por arte de magia, entran dos de los muchachos de Seguridad, y clavan la vista en ellos. Se acercan, dispuestos a la prepotencia, el interrogatorio. Pero lo que muestran los jóvenes (no puedo verles las manos) los tranquiliza, hace que se rían, incluso uno de los dos les da un par de palmadas en la espalda. Se van.

Lo registré todo minuciosamente. Lo subrayo, y me lo repito mentalmente mientras alzo el cierre del pantalón, me lavo las manos, salgo.

Ahora sí los cuerpos se rozan o chocan levemente, esperan inmóviles o se apuran. Ahora sí hay una cierta presión. Varias de las mujeres me llaman la atención, apunto detalles: un echarpe azul eléctrico sobre un par de pechos voluminosos, una falda cortísima roja, un cabello aparentemente caótico, pero muy batido para lograr el efecto de desorden espontáneo. Registro, registro, registro.

No me pidan que ame: ya lo intenté una vez. Si tuviera el talento de Mentolaro, seguramente

habría escrito una canción sobre aquella mujer. Pero en lo que tiene que ver con la música, soy un auténtico opa: sólo la escucho.

Era el último año de la secundaria. Se llamaba Puglisi. Una chica delgada, morocha, de pelo corto, que en aquella escuela barrial vespertina se sentaba un par de bancos detrás de mí. Al principio sólo fueron palabras, electricidad verbal, encaje perfecto del interés de cada uno en el del otro.

He olvidado mucho de aquel entonces. Pero recuerdo con nitidez que era tan franca y directa, repartiendo su atención en varios de los asistentes masculinos, sin visos de histeria, que la terminamos por llamar “varonera”. Era una palabra de aquel entonces.

Ahora camino despacio, tranquilo, “sorbiendo ambiente”, mientras pienso en Puglisi, como lo he hecho tan a menudo en todos estos años. Obvio: tuve otras relaciones, cortas, torpes, un poco incómodas. Pero ninguna de ellas resistía la comparación con Puglisi.

Justamente porque no llegamos a besarnos o acariciarnos, ni a hacer que el tema pasara claro, explícito al diálogo. Tampoco ninguna otra mujer provocó en mí el ensanchamiento del pecho y la respiración que me producía verla. Hasta cierto punto se daba cuenta, porque sonreía de pronto con dientes blancos y grandes, sorprendida: “¿Qué me mirás?”, decía, como un varón, pero deleitada, flexible, como si realmente le intrigara la pregunta.

El par de horas siguientes lo empleo en caminar, a veces deteniéndome, cuando me llama la atención un detalle. Por fin estoy tranquilo. Siento que el depósito de registros está ocupado ya hasta la mitad. Con seguridad Mentolaro y sus fans llenarán el resto, o casi. Es más: seguramente muchos lectores buscarán directamente ese fragmento. Pero se joderán. Porque siempre que armo una nota larga lo hago como si fuera fruto de un solo impulso, imposible de fragmentar sin perderse algo.

Es cierto: nadie se da cuenta. Sólo el que lea primero, por interés prepotente, el trozo de Mentolaro, y después la nota completa, ya más tranquilo. Al menos en el subconsciente advertirá que el trozo se potencia cuando se llega a él después de leer lo anterior.

Al menos eso espero. Y ahora río, tranquilamente. Siempre pasa lo mismo, cuando la imagen, la voz y el cuerpo de Puglisi pasan aunque sea por un instante por mi cerebro. Me disocia, lo reconozco: sigo registrando detalles, por una parte, pero por otra me empiezo a castigar. “¿Así que el señor cree no sólo que leerán su nota, sino además que alguien, remotamente, leerá un fragmento dos veces, sacando deducciones teóricas?”.

Los primeros tres o cuatro años posteriores a la secundaria eran auténticas tormentas de ráfagas sarcásticas. Lo mínimo lo hice, claro. Sabía dónde vivía y traté de coincidir en la parada “casualmente”, para acompañarla. Una vez se me dio, bajamos juntos, me saludó, nos separamos. Otra vez caminé titubeante, ocultándome como podía, de noche o al atardecer, frente a la casa. En un atardecer, de pronto, ella salió por la puerta, recorrió los pocos metros de humilde jardín barrial delantero, abrió la puerta, y me vio plenamente, antes de que pudiera esconderme.

Abrió los ojos desmesuradamente, pero mientras lo hacía, empezó a sonreír y al fin preguntó franca, directamente: “¿Qué hacés por acá?”. Clásicamente, le dije que era una casualidad, me había olvidado que allí quedaba su casa. Incluso antes de irse, cuando llegamos a la parada donde según le había dicho tomaría el ómnibus, me dijo que le habría gustado quedarse, pero tenía que llevar algo para la madre, para la cena. “Me encantó verte”, dijo, mostrando los dientes blancos, luminosos. Fueron las últimas palabras que le oí pronunciar.

“Acción turbo”, me digo, para salir del ensueño. El baile ya está lanzado a pleno. Hay que



forcejear para moverse en cualquier dirección. En la pista las parejas logran armar un símil de movimiento rítmico que sigue el curso del tema de los altoparlantes. Me acerco al barril-tanque de fernet y pido un vaso. El que sirve se ve que sabe quién soy, porque se niega a cobrarme. Lo tomo, en realidad disfrutando de la mezcla impía del sabor amargo del fernet con el dulzón de la coca-cola.

Me apoyo contra un trozo de pared libre. Bebo lentamente, mirando todo. Es un camino trillado, gastadísimo. Pienso en las otras mujeres que tuve, o casi tuve. En especial una con la que estuve a punto de casarme. En esa época era una costumbre que solía tener la gente. Ninguna le llegaba a los talones a Puglisi, me repito por enésima vez.

De pronto hay un remolino de movimientos intensos y voces altas, cerca del sitio donde estoy. Alguien se pasó con alguna bebida y trató de trompearse con otro. Rápidos, contundentes, tres tipos de seguridad lo rodearon y lo levantaron un poco, llevándolo hacia la salida, haciéndole arrastrar los pies. De hecho, el pibe, de unos veintipico, rubio, alto, deja que lo hagan. Tal vez está cansado en realidad, con ganas de irse. Subrayo la idea, para usarla. Por suerte la ráfaga clásica de Puglisi se pincha como un globo: “¡plop!”.

Tiro el vasito vacío de fernet en un tacho metálico de basura. Me siento entre mareado y liviano. Circulo, camino, me paseo, entran imágenes a montones. Ya sé que tengo la nota dominada, sólo deberé controlar el flujo, pensando en la medida. Y todavía falta Javier Mentolaro.

A las doce menos cuarto hay cierta tensión de espera. A las doce en punto el tipo llega, seguido de sus músicos: cinco, una cantidad desmesurada. Pero es cierto que pocas bandas suenan como la suya, con dos trompetas y un saxo. Se oyen los gritos en la entrada, y después se arma una columna cada vez más gruesa, que lo acompaña hacia el escenario. Sabe cómo hacer las cosas. Lleva también un par de “plomos” adelante, que empujan a la gente para que abra camino, y otros dos a los costados, para proteger a los que tocan los vientos, porque ya desde afuera van sonando alto y claro.

El sonido del tema anterior desaparece en unos segundos, y es reemplazado por la aplomada mezcla de cumbia y bolero de su grupo, que pronto podrá derivar a rock, o incluso mambo, sin desentonar.

No me pidan que me pierda en su música, soy periodista. Le conozco la trayectoria mínimamente, escuché como todos los demás sus temas más famosos. Me limito a mirarlo pasar primero, y después desde abajo.

Mentolaro es un clásico absoluto, que nunca vacila a la hora de robar: esta vez ha vuelto a vestirse con uno de sus trajes más repetidos: blanco, lleno de flecos. El traje de Elvis, me digo, de la última época, la decadente, cuando estaba gordo como un oso bonachón. En cambio el venezolano se ve delgado y flexible, le queda como un guante. Quien lo vio alguna vez a Elvis, lo vive como un eco mejorado.

El grupo arma un buen espectáculo. Están todos los ingredientes archiconocidos, que construyeron lentamente su fama. Pero de pronto tocan un rock “heavy”, deformado por el uso de las trompetas y el saxo. No me fascina, pero me admiro, al oírlo en vivo. Es bastante mejor de lo que me había imaginado. Me dejo menear por la multitud que me rodea, y oigo cómo cantan a coro algunos fragmentos.

Al fin: lo esperado. Le han compuesto una introducción un poco más larga a “Bailando brota el amor”. Como frase, decido archivar una para la nota: “El tema de Mentolaro es la sorpresa de

la noche, justamente por demasiado previsible”, y empezaré ese bloque.

A esa altura me siento a la vez agotado y bien, liviano, sin mareo excesivo. Escucho con los demás todos los temas restantes. Ya tengo pensado con minucia el “efecto 4D”, sólo tengo que probarlo, ajustarlo cuando escriba la nota.

De pronto Fernández pasa junto a mí, casi chocándome. Reímos los dos, y aprovecha para sacarme una instantánea. Sigue. Yo también. Ya estamos en la hilera de “bises”, que terminan por ser más de cinco. Es inverosímil, pero el gentío disminuye. El reloj de la pista-cancha marca las dos y diez. “Carajo”, pienso, “casi dos horas ya, y ni se notó”.

Con habilidad el grupo de músicos retrocede de a uno, va dejando de sonar en escalera, hasta que queda el saxo solo, iluminado por un spot, que se apaga en el instante mismo en que se interrumpe el sonido.

Me quedo casi una hora más, caminando otra vez. Ahora sí, cuando nos cruzamos con Fernández, hablamos algunas palabras. La pista va recobrando su forma de la tarde, pero ahora cubierta de restos de distinto tipo: vasitos, papeles, flecos de papel caídos de los adornos, incluso un zapato de mujer, rojo, de taco alto, solo. Me largo a reír: es un detalle que no debe faltar, pero le tengo que dar el lugar y la iluminación exacta, para que no parezca una fanfarronada, un invento puro.

Cerca de las tres y media, con apenas algunos socios del club que han empezado a empujar la basura más gruesa, Fernández me hace una seña para que me acerque. Me propone llevarme hasta el centro, hasta mi casa. Acepto agradecido.

Es un auto grande. Veo que Fernández deja el equipo fotográfico junto a él en el asiento delantero. Abro la puerta de atrás y me acomodo. Recuerdo de pronto que la vez anterior hicimos lo mismo. Es muy cómodo para mí. Estiro las piernas, apoyo la espalda sobre el respaldo mullido, casi como si fuera una cama. Cuando él llega, se sube y arranca, clavo los talones y me cruzo de brazos.

Hacía tiempo que no lo hacía. Pero unas diez o quince cuerdas después, sosegadamente, pienso en Puglisi.

**Elvio E. Gandolfo** nació en 1947 en Mendoza, pero creció en Rosario. Narrador, poeta, traductor, editor, periodista y lector incansable. Publicó más de una decena de libros, la mayoría de cuentos, pero también novelas, poesía y ensayos. Algunos de ellos son: *La reina de las nieves* (CEAL, 1982), *Dos mujeres* (Alfaguara, 1992), *Boomerang* (Planeta, 1993), *Ferrocarriles argentinos* (Alfaguara, 1994), *Cuando Lidia vivía se quería morir* (Perfil, 1998), *Ómnibus* (Interzona, 2006), *El año de Stevenson* (Iván Rosado, 2014), *La mujer de mi vida* (Letra sudaca, 2015), *Vivir en la salina. Cuentos completos* (Caballo Negro, 2016), *Mi mundo privado* (Tusquets, 2016), *El libro de los géneros recargado* (Blatt & Ríos, 2017) y *Los lugares* (Blatt & Ríos, 2018).

Como editor y periodista, dirigió junto a su padre la revista literaria *El lagrimal trifurca*, y colaboró en diversos medios escritos: *Diario de Poesía*, *V de Vian*, *Página/12*, *Clarín*, *La Nación*, *Noticias* y *El País Cultural* (Uruguay).

Actualmente vive entre Montevideo y Buenos Aires.